

BIBLIOGRAFIA

BECÚ, TEODORO. *Notas bibliográficas*, Buenos Aires, 1944.
23 p. *La bibliografía en la República Argentina*, Buenos Aires, 1945, 34 p.

Dos publicaciones recientes: el *Tratado de Bibliotecnia*, por Manuel Selva (Buenos Aires, Julio Suárez, 1944, 2 v.) y el repertorio intitulado *A guide of the official publications of the other american republics, I. Argentina*, por James B. Childs (Washington, Library of Congress, 1945), han dado ocasión al doctor Teodoro Becú, acreditado bibliófilo y bibliógrafo que registra en su haber valiosos estudios en la materia, para formular algunas reflexiones con respecto al pasado y presente de la bibliografía en la Argentina y, como consecuencia de ello, a señalar diversas fallas de nuestro organismo bibliotecológico, concretándose especialmente con el establecimiento máximo en el género con que cuenta el país, esto es la *Biblioteca Nacional*. ¿Qué móviles han inducido al doctor Becú a juzgar con tanta severidad el estado incipiente de esta disciplina técnica y la acción, no menos incompleta, cumplida por nuestra biblioteca mayor? No podemos creer, como lo sospecharán, sin duda, algunos de los alcanzados por la crítica, que sea por simple desahogo de mal humor, de hombre bilioso o "envenenado", según suele decirse entre nosotros.

No negamos que, a veces, el hígado pueda tener algo de culpa en estos arrebatos virulentos, excesivos, pero en el caso del doctor Becú — espíritu exigente, riguroso, con la obsesión alabable de lo perfecto — creemos que esa severidad nace también de un vivo y noble sentimiento de inquietud espiritual. Indudablemente "siente" estos problemas con el amor con que el bibliófilo — él lo es, y de buena ley — se apasiona de sus ejemplares más raros y buscados. La preocupación sincera por el porvenir de la bibliografía del país — índice precioso para estimar su nivel cultural medio — le lleva a deplorar con amargo pesimismo, traducido, muchas veces, en expresiones de tono áspero, el estado de casi abandono en que se halla

dicha disciplina en su patria y justifica la requisitoria enérgica dirigida a los poderes públicos para que arbitren una solución decorosa compatible con el grado de progreso que hemos alcanzado en el orden material y espiritual.

Por eso sería injusto negarle razón cuando afirma que los argentinos no se han destacado, salvo algunas excepciones, en el cultivo de la bibliografía. Pero también — y en esto habrán todos de convenir — deja el doctor Becú de ser ecuánime cuando, de manera absoluta y rotunda, dice, en otra parte, que “la República Argentina no tiene bibliografía”. Si bien es cierto que la bibliografía no tiene entre nosotros una tradición respetable como la que pueden invocar ciertas naciones de América — Brasil, Chile, Cuba, México, por ejemplo — no por ello estaríamos autorizados a negarla enfáticamente *urbi et orbe*, pues, como el mismo autor lo recuerda, han existido cultivadores eximios de esta técnica — Angelis, Zinny, Mitre, Lamas, Gutiérrez, Quesada, Navarro Viola, Salas, Mantilla, Figuero — y, en la actualidad, se está formando bajo la inspiración de los cánones y métodos más recomendables en la materia, una escuela de bibliógrafos expertos en torno al *Instituto de Investigaciones Históricas* de la Facultad de Filosofía de Buenos Aires, entre los cuales se destacan, además de su director, el doctor Emilio Ravignani, investigadores de valía, como José Torre Revello, Juan Canter, Guillermo Furlong.

Es verdad que carecemos de una bibliografía histórica o retrospectiva. La plausible tentativa de Manuel Selva y Eduardo Mendilaharsu patrocinada desde la revista *La Literatura Argentina* que dirigió el editor Lorenzo J. Rosso y que, el doctor Becú, con evidente parcialidad, menosprecia, infortunadamente quedó trunca por falta de cooperación y estímulo. Ello era, por otra parte, lógico y hasta previsible, ya que una empresa intelectual de esa magnitud presupone no sólo recursos financieros, sino, también, una amplia coordinación técnica de esfuerzos que únicamente el Estado, sobre la base de un complejo mecanismo, puede aportar.

Igualmente podemos decir que no existe hoy una bibliografía corriente aceptable. El *Boletín Bibliográfico Argentino* que desde 1937 edita la Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, es una publicación oficial que aparece irregularmente, con atraso, — según lo hemos dicho en otra oportunidad — y adolece de algunas deficiencias imperdonables en un repertorio de ese género. Trae, por ejemplo, graves erratas de imprenta, una nomenclatura equivoca en el orden alfabético de autores — donde a veces se confunden nombres con apellidos — su clasificación bibliográfica es arbitraria y confusa y, además de todo ésto, que no es poco, es una bibliografía

incompleta, pues faltan en la misma algunas publicaciones privadas y todas, o casi todas, las oficiales.

Y ahora, para deslindar responsabilidades, debemos preguntarnos: ¿a quien imputar la culpa de este deplorable estado de cosas? El doctor Beuá entiende que debe cargar con la misma, sino en todo, por lo menos en gran parte, nuestra Biblioteca Nacional "que probablemente — dice — nunca ha prestado las funciones que le corresponden en el progreso y desarrollo de nuestra cultura general". En otra parte censura la mala orientación que tiene, a su juicio, la actual *Revista de la Biblioteca Nacional*, mala orientación que inició uno de sus grandes directores — Manuel Ricardo Trelles — con la extinguida *Revista de la Biblioteca Pública* (Buenos Aires, 1879-1882, 4 v.) y prosiguió, luego de un paréntesis, Paul Groussac, con los *Anales de la Biblioteca* (Buenos Aires, 1900-1915, 10 v.).

Séanos permitido, dejando a salvo el gran respeto que nos merece tan autorizada opinión, manifestar nuestra disidencia sobre el punto. No creemos, en primer lugar, que sea misión específica de una biblioteca de Estado la de inventariar retrospectiva y corrientemente la bibliografía del país de origen. Podemos darnos por muy satisfechos si publica al día y correctamente impresos, los catálogos de sus existencias para uso de los lectores que concurren a sus salas. Lo otro son palabras mayores. Con la organización y personal con que actualmente cuenta nuestro repositorio máximo nos parece muy difícil que pueda abordar con éxito la seria empresa de editar nuestra bibliografía. Más aún; hasta dudamos que pueda hacerlo el mismo Instituto Bibliotecológico de la Universidad de Buenos Aires, organismo técnico que tiene, entre sus fines, el de formar un catálogo cooperativo centralizado, sobre la base de la agregación sucesiva de los ficheros de las bibliotecas importantes del país, para organizar la bibliografía argentina retrospectiva. Entendemos que una labor de tan vastas proyecciones requiere la colaboración integral de todas las entidades culturales que posee el país — universidades, academias, instituciones científicas, profesionales, grandes reparticiones del Estado, bibliotecas, publicistas, etc. — y que sólo será factible si se la pone a cargo de un gran organismo técnico oficial, de jurisdicción nacional y dirección colegiada, que podría denominarse, por ejemplo, Instituto Bibliotecológico Argentino. Sobre este tema volveremos en un nuevo trabajo próximamente.

En segundo lugar nos parece muy adecuada a la índole de una revista de Biblioteca de Estado la publicación en la misma de su tesoro de manuscritos y documentos. Es la única manera de hacer accesible a los investigadores este rico material que, de lo contrario, yacería estérilmente sepultado en las cajas de los archivos. Y eso

es lo que hizo, con buen acierto, el erudito y laborioso Trelles, en la ya mentada revista, cuya obra es digna de respeto y positivamente útil. El fué el primero, se ha dicho, que develando el contenido de los secretos anaqueles, dió seguras rutas a los historiógrafos que le siguieron en el tiempo y en la obra. Orientado en la misma tendencia de Trelles, aunque con más talento de crítico y escritor, Groussac editó en los *Anales de la Biblioteca*, muchas piezas documentales precedidas de estudios notables, algunas de las cuales, como *La Argentina*, de Ruíz Díaz de Guzmán, publicada en 1914, se han hecho famosas como modelos de erudición y de crítica. Y tan inherente es esta labor editorial a las actividades propias de una Biblioteca Nacional que don Marcelino Menéndez y Pelayo, ha poco de ser nombrado para dirigir la de Madrid, se dió a tareas similares con la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, por él fundada, para continuar la célebre colección Rivadeneyra, y en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, donde publicó, no por cierto trabajos de biblioteconomía y bibliografía, sino textos inéditos muy valiosos para la historia de la cultura española.

Desde luego, el insigne polígrafo santanderino, también fué objeto en su tiempo de críticas acerbas y más de una vez, la gran prensa madrileña, apunta uno de sus biógrafos, dirigió violentas campañas contra la Biblioteca Nacional y particular y personalmente contra don Marcelino, de quien, se decía, no había realizado lo que se esperaba como director. Y hasta un ministro insensato, que en su ausencia visitó la biblioteca, se permitió ciertas críticas ofensivas, llegando hasta la audacia de manifestar que Menéndez y Pelayo costaba mucho dinero al Estado.

Por ello no nos parece lícito y admisible que se exprese, como lo hace el doctor Becú, refiriéndose a nuestra biblioteca mayor, que “la época de Groussac fué una mala época para la bibliografía argentina porque distrajo las funciones para las cuales había sido designado y los elementos de que disponía, hacia la crítica literaria y a la historiografía”. Tampoco nos parece ponderado el juicio que afirma: “Groussac podrá tener algunos méritos literarios, todo lo brillantes que se quieran” — nosotros creemos que tiene no algunos, sino muchos y bien legítimos méritos ganados para la causa honrosa de la cultura nacional — “pero es hoy muy discutido por sus publicaciones históricas y es un hombre que ni se preocupó ni quiso preocuparse de la bibliografía nacional, u otra; quedó contento y satisfecho con aplicar la clasificación de Brunet y dejar que los libros mal fichados y catalogados se alejaron del público, que no tiene como conocerlos hasta la fecha”.

Es innegable que Groussac ha querido ser, esencialmente, un

crítico literario y un historiador. Pero su magisterio intelectual — no obstante los yerros que cometió — ha sido tan largo como fecundo y aleccionador para el pensamiento argentino. Combatió la audacia criolla del “medio saber superficial y parasitario”, el peor enemigo de nuestra incipiente cultura y predicó, con la teoría y el ejemplo de su conducta, las virtudes de la probidad intelectual y de la seriedad en el método de trabajo. Muchos de los que hoy fingen desdenarlo, sobre todo algunos noveles historiadores, olvidan que, mientras los más, sugestionados por la vanidad se entregaban precipitadamente a la improvisación fácil y bullangera y al diletantismo propio del hombre-orquesta, Groussac, abroquelado en su rincón de la Biblioteca Nacional, estudió y escribió silenciosa y ahincadamente durante los 44 años que ejerció la dirección de la misma. Y esa pasión la tuvo desde los años primeros. El mismo recordó, con cierto dejo nostálgico, en el magnífico prólogo que escribiera para el primer tomo del *Catálogo Metódico*, en 1893. “En tanto que otros — dijo — procuraban la fortuna, el placer, el ruido exterior, durante esos años del recodo de la vida, en que ésta promete aun sonrisas y rayo de luz, he consumido en el retiro el resto de mi juventud”. Y la siguió consumiendo, hasta el día final, abnegada y obscuramente, en las tareas estériles de redacción de catálogos, clasificación bibliográfica y corrección de pruebas, desempeñadas alternativamente con su labor honda y sesuda de crítico e investigador. Se comete, pues, una grave injusticia cuando se pretende sostener que no fue bibliógrafo ni quiso preocuparse de la bibliografía nacional.

Que la revista de la biblioteca, cuyo contenido y orientación, repetimos, nos parecen alabables, esté a cargo — como dice el doctor Becú — “de un personal costoso que, traído de fuera o existente dentro, está ocupado en tareas para las cuales no se le conocen antecedentes en el ramo de los estudios históricos”, es otro problema, no de principios, sino de hombres, de competencia profesional y de economía y ajustada distribución de recursos. Tal vez lo ideal sobre la materia sería — como ocurrió con las publicaciones anteriores, a cargo personalmente de Trelles y Groussac —, que estas funciones se consideraran como anexas de la dirección central del establecimiento o si llegara a justificarse su desdoblamiento por virtud del principio de división orgánica del trabajo, que las de índole revisteril estuvieran desempeñadas — así parece recomendarlo el bien entendido sentimiento nacionalista — por un historiador argentino, ya que la propia naturaleza de las mismas exige un conocimiento cabal de nuestro pasado vernáculo. Esto lo decimos, claro está, sin mengua para el director actual, el doctor Felipe Barreda Laos, investigador concienzudo de la cultura americana y autor de

notables trabajos sobre la época colonial del Perú, su país originario.

Estamos en un todo de acuerdo con el doctor Becú cuando acusa a nuestras bibliotecas públicas de hallarse, en general, en un estado de abandono y postración, sin libros, sin recursos, sin catálogos, sin asesoramiento técnico alguno, etc. y lo mismo cabe decir, en buena parte, de la primera institución del género del país, que debiera ser también la primera de América latina, hallándose muy lejos de sus congéneres de Río de Janeiro, Méjico y Santiago de Chile, como lo puntualizó reiteradamente en sus memorias e informes el actual director.

Tampoco tenemos escuelas de biblioteconomía — salvo la muy meritoria que funciona en el Museo Social Argentino de Buenos Aires, gracias a los esfuerzos de la iniciativa privada — ni se ha manifestado jamás entre nosotros una política orgánica de carácter oficial sobre este importante aspecto de la cultura, pero de todo ello, muy penoso, por cierto, no somos responsables los bibliotecarios que luchamos denodadamente en un ambiente hostil, lleno de prejuicios, sin estímulos de ninguna clase, para mejorar una carrera digna de mejor suerte e impulsar el progreso técnico del servicio público de lectura, fundamento auténtico de toda democracia.

La responsabilidad única la tienen todos nuestros malos gobiernos, esto es los poderes públicos, que siempre han subestimado estos problemas considerándolos con criterio rutinario y burocrático. Falta, desde luego, una ley que regule y estructure un organismo bibliotecológico moderno, bien equipado y coordinado, bajo la dirección autárquica de técnicos y con abundantes recursos económicos.

El doctor Becú analiza también, en uno de sus trabajos — *Notas bibliográficas* — el reciente *Tratado de biblioteconía* de que es autor el señor Manuel Selva y formula sobre el mismo un juicio apasionadamente severo que, por ser tal, resulta algunas veces injusto y excesivo. Recogemos la exhortación dirigida a los bibliotecarios profesionales que, según el autor, están en la obligación de emitir un parecer al respecto y decimos, sin reticencias y movidos por el solo amor a la verdad, el nuestro, muy humilde, por cierto.

Don Manuel Selva es un honesto y laborioso funcionario de la Biblioteca Nacional, donde lleva cumplidos 35 años de servicios, muchos de ellos en las delicadas tareas de Jefe de bibliografía. Su autoformación, bajo la vigilante y provechosa tutela de Paul Grousac, abonada por la práctica de la experiencia y un método riguroso en el trabajo intelectual, es, por de pronto, un mérito digno de destacarse, aunque su obra escrita se halle por debajo de sus aptitudes y conocimientos en las disciplinas que cultiva. Creemos sinceramente que es un hombre que sabe más y mejor que lo que enseña

en sus libros y siendo así no sería equitativo valorarlo exclusivamente a través de las páginas de estos últimos.

Su obra, pese a la incongruencia limitativa de su título — pues la bibliotecnia es sólo una de las varias disciplinas relativas al libro, que enseña únicamente la tecnología de su fabricación material y restauración — tiene el carácter y la extensión — son dos nutridos volúmenes de más de 1400 páginas — de una verdadera enciclopedia sobre los variadísimos temas que forman lo que hoy, con más propiedad, se denomina bibliotecología. Y por ello mismo no nos debe extrañar, pues, que tenga el pecado original de todas las enciclopedias: amontonamiento de noticias y materiales, carencia de sistematización orgánica, de método en la exposición, de estilo didáctico, sobrio y preciso, y también — porque no decirlo — no faltan los inevitables dislates comunes a todas las enciclopedias. El doctor Becú los puntualiza menuda y cruelmente, con un lujo de prolijidad demostrativa de la indudable versación, que todos le reconocemos en la materia, pero... omite muchas calidades de la obra y los elementos apreciables que encierra la misma.

Por nuestra parte, y en virtud de atribuirsenos un supuesto error de concepto en lo que atañe al significado de las palabras fichado y catalogación que, según Selva, las confundimos haciéndolas sinónimas, no está demás aclarar que los dos grandes procesos diferenciados de la biblioteconomía técnica son la catalogación y la clasificación.

El fichado — acepción que no registra el léxico académico — es la operación que consiste en inscribir los datos de un libro en una tarjeta de cartulina que, entre nosotros, se llama ficha — en España cédula o papeleta — la cual consigna el asiento bibliográfico que, reunido con otros, formará el catálogo en fichas. El carácter de la operación no variará, desde luego, por la materia de que nos servimos para realizarla: fichas sueltas e independientes o libro impreso o manuscrito. El tipo de catálogo dependerá siempre del criterio que se aplique en la ordenación de los asientos: alfabético, sistemático, de títulos, etc., según que la disposición de los registros se efectúe por apellidos de los autores, por la materia que contiene el libro o por la leyenda del mismo.

De donde resulta que los vocablos fichado y catalogación son sinónimos, equivalentes, y no expresan tareas distintas, sino una sola, independiente a su vez, de la clasificación. En el mismo sentido define estos términos la obra de Rubio y Sullivan, titulada *A glossary of technical library and allied terms in spanish and english*, Washington, 1936, p. 86 y 89.

El sistema de clasificación decimal tiene en Selva un decidido

sostenedor y propagandista, aunque parece no seguirlo en punto a colocación de libros en los estantes, pues señala los diversos inconvenientes que trae aparejado el agrupamiento por materias. El doctor Becú, invocando opiniones de técnicos autorizados, impugna valerosamente el sistema Dewey y creemos que en esto le asiste plena razón. Nuestra experiencia profesional nos ha demostrado que, por lo menos en una biblioteca especializada en ciencias jurídicas, el régimen de clasificación decimal es absolutamente inaplicable e insuficiente para comprender, con criterio racional, las variadas formas de especificación y subdivisión creciente del derecho en sus distintas ramas.

Decíamos que en el libro de Selva hay aspectos estimables que hacen de él sino "el estudio más completo y documentado que se haya publicado en nuestro país", como afirma don Ernesto Nelson en el prólogo, por lo menos un trabajo meritorio por la suma de esfuerzo que ha demandado su elaboración y oportuno — ya que entre nosotros no abunda la literatura sobre estos temas — pues llega en el momento propicio para cumplir su destino fecundo: el de ayudar a formar el bibliotecario que necesita el país, sugiriéndole la inquietud por los problemas de la materia y forjándole una conciencia profesional de responsabilidad y decoro.

Es verdad, por ejemplo, que en el capítulo que trata sobre el fichado, Selva adopta reglas susceptibles de alguna observación, pero no debemos olvidar tampoco que las teorías personales acerca de estas materias, sobre las que hay, naturalmente, criterios distintos, tienen cada vez una importancia más relativa por virtud de la tendencia creciente que hoy se advierte en el sentido de uniformar y standardizar estas normas y procedimientos bajo la forma de código de catalogación que, en un plazo más o menos breve, serán el derecho positivo de vigencia obligatoria y universal para los bibliotecarios y donde, como es de presumir, la doctrina tendrá entonces muy poco que hacer.

En cambio, nos parecen capítulos bien logrados, por la rica información que traen, los relativos a la misión del bibliotecario, enseñanza de la biblioteconomía, historia del libro, historia de la biblioteca, origen y desarrollo de la imprenta, clasificación de bibliotecas, cuidado y restauración de libros y la reseña, muy interesante e ilustrativa, sobre bibliotecas y bibliófilos argentinos.

En síntesis, y para terminar, diremos que, no obstante las reservas apuntadas y el tono polémico, de acritud más formal que real, que campea en sus páginas, los dos opúsculos del doctor Becú a que nos hemos referido brevemente en estas notas, escritos bajo la noble inspiración de reivindicar el prestigio y jerarquía de una

disciplina hasta hoy desdeñada entre nosotros, han tenido la saludable virtud de haber sacudido los espíritus y el autor puede estar satisfecho, pues con ello ha logrado cabalmente su finalidad de "mover un poco el ambiente", como dice.

Domingo Buonocore

El Derecho en el Derecho Judicial, por CARLOS COSSIO, Editorial Kraft, Buenos Aires, 1945. 1 vol. 252 p.

Los libros de Carlos Cossio están siempre destinados a tener fecunda repercusión. No nos referimos solamente al círculo de sus discípulos que siguen fielmente su dirección, sino también al gran número de juristas que, sin aceptar por completo sus conclusiones, han sentido la influencia de sus ideas.

Por el vigor y la originalidad de su pensamiento y por el valor de sus aportaciones es el profesor Cossio un conspicuo representante de la filosofía jurídica argentina y, sin duda alguna, su más destacado animador.

Su obra está al servicio de una noble ambición: crear una escuela jurídica argentina, que ha de ser obra colectiva trazada sobre "una impronta metódica común que, sin trabar el aporte ni la vocación de cada cual, fuera también lo suficientemente original para no caer bajo el rubro de otra doctrina y hubiera nacido en nuestro propio medio como el producto de una meditación vernácula sobre temas universales".

"El Derecho en el Derecho Judicial" reúne las conferencias pronunciadas durante un cursillo dictado en julio y agosto del año 1944 en el Instituto Libre de Segunda Enseñanza por invitación de un grupo de magistrados y funcionarios de la justicia de la Capital.

Dedica la primera parte a exponer las aportaciones fundamentales de la filosofía contemporánea para el estudio del derecho y su relación con el problema de la interpretación judicial de la ley, que implica un conocimiento por comprensión de los sentidos jurídicos. Rechaza entonces, por errónea, la conocida teoría del silogismo judicial que considera a la ley como la premisa mayor, el hecho la premisa menor y la sentencia la consecuencia.

Para el talentoso profesor de la Universidad de La Plata, en el derecho que vivimos la valoración jurídica está ontológicamente en el juez que interpreta la ley. El problema reside entonces en

aclarar qué es la interpretación de la ley, cuestión previa a la del método interpretativo. "El método quiere enseñarnos cómo interpretar la ley; pero ¿cómo saber como ha de interpretarse la ley sin aclarar antes qué es interpretar la ley?"

Y desarrolla a continuación sus ideas sobre la concepción interpretativa expuestas ya en sus obras anteriores. En este análisis reside su más valiosa contribución al esclarecimiento del tema.

Los últimos capítulos los dedica a estudiar el problema de la objetividad en la interpretación judicial, y la Ciencia Dogmática del Derecho en sus relaciones con la jurisprudencia.

El libro está destinado a señalar a la magistratura el rumbo hacia las nuevas concepciones interpretativas y abandonar los métodos tradicionales que tienen su raíz en posiciones filosóficas superadas.

En materia de interpretación nuestra ley se limita a establecer los contenidos supletorios. No señala el empleo obligatorio para el juzgador de ningún método interpretativo; y nuestros tribunales se mantienen aferrados a los moldes clásicos.

Sin embargo en la doctrina existe un amplio movimiento de revisión en cuanto a la metodología de la interpretación, tendiente a alcanzar una mayor precisión metodológica. Y ello se debe, en gran parte, a la labor del distinguido jusfilósofo argentino.

Italo A. Luder

Segundo catálogo de manuscritos. BIBLIOTECA NACIONAL. Buenos Aires, Imprenta del Congreso Nacional, 1944. 1016 p.

Los estudiosos de nuestro pasado histórico habrán de recibir con indudable satisfacción y curiosidad este *Segundo Catálogo de Manuscritos*, que acaba de publicar la Biblioteca Nacional en un nutrido volumen de más de mil páginas, con prólogo que firma el secretario general de la institución, don Raúl Quintana.

La riquísima sección de manuscritos de nuestro repositorio bibliográfico máximo se remonta, en su origen, a los primeros días de su fundación y se ha acrecido notablemente, por virtud de numerosas donaciones y adquisiciones realizadas durante la larga centuria de vida que tiene, al punto de formar hoy un archivo notable y valioso por la calidad y cantidad de piezas documentales que integran su contenido.

Pero no basta —como lo dice bien el ilustrado prologuista—

reunir miles y miles de documentos. "Es indispensable ordenarlos, clasificarlos, preparar "ficheros" y publicar catálogos, para que estas secciones dejen de ser un tesoro escondido y se conviertan en lo que deben ser: en una vertiente viva y caudalosa de información que llegue al investigador y figure honrosamente en libros nacionales y extranjeros". Esta delicada tarea —larga y penosa— ha sido cumplida con un alto sentido de responsabilidad y competencia por los redactores del presente repertorio. Lo decimos, invocando para justificar el aserto, nuestra humilde experiencia en labores análogas. Sabemos por ella cuán ingrata y oscura es la actividad anónima, silenciosa, del catalogador en su paciente trabajo de examen y compulsión de documentos, de lectura de textos ilegibles, de ordenación del farragoso material, de investigación menuda y precisa para completar datos, rectificar fechas, salvar errores, etc.

Es una tarea doblemente meritoria: por las condiciones de aptitud y probidad que supone en quien la ejecuta y por el destino social fecundo que cumple como herramienta auxiliar para los investigadores que la utilizan.

Este *Segundo Catálogo de Manuscritos* complementa y pone al día el primer tomo de los papeles de la sección publicado en dos volúmenes de 386 y 100 páginas por Paul Groussac, director entonces de la biblioteca, durante los años de 1905 y 1906 y donde se hace el inventario del núcleo documental primitivo formado con los legajos provenientes de los jesuitas; con los treinta y cuatro tomos donados por el canónigo Segurrola, con las donaciones de Olaguer, Funes, Varela; con las copias legalizadas de la colección Angelis, existente en la biblioteca de Río de Janeiro y con otras varias donaciones de fuente particular, entre las que se cuenta la de don Eduardo Madero, muy importante para el estudio de nuestros orígenes históricos.

Este nuevo volumen de documentos contiene las colecciones de preciosos archivos que fueron donados a la biblioteca en los últimos diez años. Los mismos forman más de diez mil manuscritos, que aparecen todos, catalogados uno por uno, en la presente publicación. Entre ellos cabe destacar el de don Félix Frías, con más de cinco mil piezas, que encierra la rica documentación reunida por este gran argentino a lo largo de cincuenta años de agitada actuación pública; el del doctor José B. Gorostiaga, que reúne papeles de notable interés institucional y político; el del doctor Norberto Piñero, que se refiere principalmente a su misión diplomática en Chile y a la fundación de la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires; el del general Juan Andrés Gelly y Obes, integrado por seis gruesos volúmenes, con 1324 piezas manuscritas, de gran valor para nuestra

historia militar; el del doctor Eduardo Wilde, donde están todas las cartas cambiadas entre él y el ex presidente Juárez Celman; la correspondencia de Sarmiento con doña María Mann, esposa del ilustre educador norteamericano don Horacio Mann; el de Martín García Merou, escritor, poeta, crítico y hombre público, que conserva toda la correspondencia sostenida con Miguel Cané. Se incluyen, también, algunas piezas de interés histórico donadas por los doctores Ezequiel Leguina y Bartolomé J. Ronco.

Raúl Quintana, en el extenso y meditado prólogo que antecede a esta publicación, destaca, con sagaz espíritu crítico, el valor e importancia de estos archivos como fuentes para nuestra historia y formula una reseña ilustrativa que orienta al lector acerca del contenido esencial del catálogo.

D. B.

Catálogo Metódico de la Biblioteca "Estanislao S. Zeballos" de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la Universidad del Litoral. Volumen I. Economía Política, Finanzas, Bancos y Bolsas. Rosario [Imprenta de la Universidad del Litoral] 1945. 603 p.

Con el presente volumen, que reúne en 6730 títulos el material bibliográfico de economía, finanzas, bancos y bolsas, inicia la biblioteca de la Facultad de ciencias económicas de Rosario, la publicación de su catálogo metódico. La nutrida y valiosa literatura especializada en estas disciplinas, toda ella descripta con el rigor que exige el moderno tecnicismo bibliográfico en un volumen de más de 600 páginas, es índice elocuente del valor excepcional de esta biblioteca universitaria como instrumento de cultura y, también, reflejo de su ejemplar organización técnica.

Este catálogo —el más importante de los que se han editado en el país sobre la materia— se ha preparado bajo la experta y concienzuda dirección del bibliotecario del establecimiento, don Francisco Scibona, quien contó para ello con el eficaz concurso del personal de la sección de ciencias económicas y financieras que depende del Seminario de la casa, cuya dirección ejerce el profesor doctor Natalio Muratti.

Un acierto digno de señalarse del presente repertorio lo constituye su clasificación bibliográfica, completa, racional, clara y acce-

sible al estudioso. La misma se complementa con una tabla alfabética de asuntos que permite al lector encontrar rápidamente el tema que desea y un índice de autores con los títulos de las respectivas obras abreviados, que facilita la búsqueda de una obra determinada.

El catálogo lleva una extensa introducción que firma don Francisco Scibona, en la que se explica con sobriedad y propiedad el origen y desarrollo de la biblioteca, su organización interna y los propósitos y características de la presente publicación.

Los autores han cumplido satisfactoriamente la ardua tarea que se propusieron y la eximia calidad del trabajo logrado justifica el esfuerzo, pues no dudamos que los estudiosos hallarán en este repertorio una guía preciosa de información y consulta.

El volumen, muy bien presentado, ha sido prolija y bellamente impreso en los talleres de la imprenta de la Universidad Nacional del Litoral.

D. B.

La Reforma Universitaria. Compilación y Notas de GABRIEL DEL MAZO. Edición del Centro Estudiantes de Ingeniería, La Plata, 1941. En tres volúmenes: Tomo I. El movimiento argentino (474 + XXVIII págs.). Tomo II. Propagación americana (554 págs.). Tomo III. Ensayos Críticos (566 págs.).

Gabriel del Mazo ha reunido en tres volúmenes la casi totalidad de los documentos que, bajo el mismo título y con el auspicio de la Federación Universitaria de Buenos Aires, aparecieron en 1927 en seis tomos, más numerosos testimonios pertenecientes a los años posteriores, hasta 1940. La nueva edición, que aparece patrocinada por el Centro de Estudiantes de Ingeniería de la Universidad Nacional de La Plata y con la contribución del Centro Estudiantes de la Facultad de Ciencias Matemáticas de la Universidad Nacional del Litoral, es más ordenada que la primitiva, aunque es evidente que la escasez del tiempo disponible (cuatro meses según declara el compilador en la "Noticia Preliminar") ha gravitado en contra de una obra más perfecta. Se nota, por ejemplo, la falta de una bibliografía general y de índices más adecuados al carácter de la obra que nos ocupa. No obstante, la compilación de Del Mazo sigue sien-

do el único intento de su índole, insustituible para el estudioso de uno de los acontecimientos más importantes de la historia contemporánea de América Latina.

El compilador dedica su obra "A los estudiantes americanos" y la dedicatoria contiene a su vez, su punto de vista acerca de la Reforma Universitaria. Según Gabriel del Mazo la Reforma es uno de los rostros con que la idea de la Independencia Americana ha aparecido en la historia del continente iberoamericano: "Reforma es una de los nombres de nuestra Independencia". Su rápida repercusión continental prueba la hondura del cauce que la alimenta. Para Del Mazo se trata de la "primera lucha cultural" que "es la lucha política y social que lleva a liberarnos de todo lo que constriñe nuestro ingénito desarrollo cultural". Y más adelante: "Cuando la Reforma luchó porque la Universidad se nacionalizara, expresó para un aspecto particular, aquel programa general. La Universidad no había interpretado lo nacional, como que era intelectualmente extranjerizante y estaba socialmente incomunicada... privada de la humana levadura del pueblo". Al tomar conciencia de esta realidad, a través de los altibajos de su lucha, el estudiante de la Reforma vió "que sólo en una Reforma mayor, en la gran Reforma política, cuando al Estado se lo transforme en su composición y sentido, está la solución de raíz del problema educativo y cultural que propugnaba; del problema nacional entero". La experiencia de casi un cuarto de siglo hace decir a Del Mazo que "los universitarios o los representativos de la inteligencia poseen en general mentalidades emigrantes e infieles, a veces de tremenda infidelidad". Esto le lleva a insistir sobre la exigencia profundamente ética de la Reforma e invita a los estudiantes de hoy a "seguir incidiendo sobre las cosas fundamentales y vivas de lo americano" para reencontrar la inspiración de las grandes epopeyas populares americanas.

Los documentos que Del Mazo ha reunido en estos tres volúmenes confirman la interpretación de la dedicatoria, aunque el compilador se haya propuesto y haya logrado mantener un criterio amplio y objetivo, si bien visiblemente presidido por su concepción americanista del movimiento reformista.

El primer volumen detalla los acontecimientos del año 18 a través de los manifiestos (desde el ya histórico del 21 de junio dirigido a los hombres libres de Sud América), de los memoriales remitidos al Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación y al Presidente Irigoyen y las actos de la Federación Universitaria Argentina (fundada pocos meses antes del movimiento). Aparecen a continuación algunos de los informes, discusiones y proyectos más significativos del I Congreso Universitario de Córdoba, celebrado en

1918. Dos anexos, consagrados respectivamente a la campaña pro Creación de la Universidad Nacional del Litoral y pro-Nacionalización de la de Tucumán, cierran esta parte. La segunda está dedicada a los aspectos más salientes de la lucha estudiantil en las Universidades de Santa Fe y La Plata durante los años 1919 y 20. La tercera parte del volumen contiene una selección de documentos de la acción social y anti-imperialista de los estudiantes en el lapso 1918-30 sobre la base de manifiestos y declaraciones de los distintos organismos y congresos estudiantiles que actuaron durante dicho período. En la cuarta parte figuran crónicas y documentos pertenecientes a la lucha estudiantil, en particular en Buenos Aires, contra la dictadura de Uriburu. La quinta parte se refiere al Segundo Congreso Universitario celebrado en 1932 y sus preliminares y la sexta a la actividad reformista desde 1932 a 1940: manifiestos, Convención de Rosario (1934), Convención de La Plata (1936), Declaraciones de 1939 y 1940 sobre la segunda guerra mundial. En el Apéndice de este volumen se rinde homenaje a Alejandro Korn y a Ripa Alberdi, a través de trabajos de Del Mazo, Henríquez Ureña, Arciniegas y Villarreal y figuran algunos de los antecedentes más inmediatos del movimiento del 18: Petitorio de 1906, Crónica de los años 16 y 17 en Córdoba y declaraciones de asociaciones estudiantiles de los años 1914 y 1917 de Buenos Aires, más un trabajo de Sergio Bagú sobre la gestación de la Reforma (1938).

En el segundo tomo, Del Mazo ha reunido documentos y testimonios referentes a la propagación americana del movimiento. El compilador ha dividido el proceso reformista en tres etapas: la primera época (1918-24) incluye la lucha estudiantil en Perú, Chile, Cuba, Colombia y Uruguay y la celebración del I Congreso Internacional de Estudiantes celebrado en México (1921); la segunda época (1925-30) está ocupada principalmente por la organización de la "Alianza Popular Revolucionaria Anti imperialista" (A. P. R. A.) del Perú y la "Unión Latinoamericana" de Buenos Aires, entidades antiimperialistas de neta filiación reformista; incluye además referencias a la acción estudiantil en Panamá, Bolivia, Perú, Paraguay, Puerto Rico, Costa Rica y Brasil (estos tres últimos países no figuraban en la primera edición) y las resoluciones de la Primera Convención Americana de Maestros, celebrada en Buenos Aires en enero de 1928. La tercera época, que el compilador denomina "Auge de las dictaduras" ocupa el decenio 1930-40 y contiene documentos pertenecientes a la lucha reformista en Bolivia, Perú, Uruguay, Méjico, Cuba, Paraguay, Ecuador y Venezuela (estos dos últimos países no figuraban en la primera edición). Trae además documentos pertenecientes al Primer Congreso Iberoamericano de

Estudiantes (México, 1931), al Segundo (San José de Costa Rica, 1933) y al Congreso Latinoamericano de Santiago de Chile (1937). Cierra el volumen el Himno de los Estudiantes Americanos, de Gálvez y Soro.

El tercer tomo reúne una serie de ensayos críticos agrupados en tres partes: la primera, con los primeros ensayos (1918-25) aparecidos en nuestro país; la segunda, con comentarios de actores americanos del movimiento y la tercera con nuevas interpretaciones argentinas, del período 1926-40. El apéndice contiene un debate y dos encuestas (años 1930, 31 y 36) promovidos alrededor del mismo tema en la Argentina. Es de lamentar que en este volumen no se indique en todos los casos la fuente bibliográfica, limitándose a señalar, por lo general, el año en que fué producido cada documento.

Este tomo, sin duda el más interesante desde el punto de vista crítico, incluye las colaboraciones personales más importantes o significativas a juicio del compilador, producidas entre los años 1918 y 1940. Del Mazo ha seleccionado los textos para ofrecer una visión bastante completa de las distintas formas en que fuera encarada la Reforma Universitaria a través del tiempo. Abre la primera parte el discurso de clausura pronunciado por Deodoro Roca el 30 de julio de 1918 en el Congreso de Córdoba y cierra la serie argentina de ese período otra pieza memorable: el discurso de Enrique Barros pronunciado también en Córdoba el mes de agosto de 1924 en un acto público organizado por la Federación Universitaria de Córdoba. A sólo seis años del estallido debió señalar públicamente el avance de la Contra Reforma, que desde entonces casi no reconoció pausa en este país. Integran el conjunto, además de interpretaciones generales de Alejandro Korn (1919, 1920 y 1921), Saúl Taborda (1920), Ripa Alberdi (1920, 1922), Korn Villafañe (1919-1920), Deodoro Roca (1920), Julio V. González (la difundida conferencia que pronunciara en el Ateneo del C. E. de Derecho de Buenos Aires en 1923) y Homero Guglielmini (1925), otros de Palcos (1920), Arturo Orgaz (1922) y Cossio (1923) sobre aspectos parciales, además del despacho producido por la Comisión Especial del Congreso de Córdoba de 1918 referente al Gobierno de la Universidad y que fuera presentado por Guillermo Watson. Sendos trabajos de Pedro A. Verde Tello (1922), José Luis Lanuza (1924) y Mariano Hurtado de Mendoza (1924) tratan a su vez del aspecto social de la Reforma.

Los textos referentes a la propagación americana se inician con trabajos de tres compatriotas nuestros: Ingenieros, Palacios y Manuel Ugarte, de los años 1924, 25 y 31 respectivamente. Colombia está representada por Arciniegas, con trabajos de los años 1922, 23 y 32; Cuba por J. Antonio Mella (1925, 28), Bernal del Riesgo

(1923), J. A. Foncueva (1927); Perú por Haya de la Torre (1924, 25, 26, 29), Antenor Orrego (1928, 32), Mariátegui (1928), José Encinas (1935), Luis Alberto Sánchez (1940) y Townsend Ezeurra (1938). Del Uruguay figuran José P. Cardoso (1934), Carlos Quijano (1928), Arturo Ardao (1934) y Elio García Ausstt (1931) y de Venezuela J. Villalba (1936).

Algunas de las piezas más importantes producidas en nuestro país entre los años 1926 y 1940 han sido reunidas bajo el título de "Nuevas Interpretaciones Argentinas". Las encabeza Saúl A. Taborda con su "Significación del 18", tomado de "Investigaciones Pedagógicas" y aparecido en 1932. Además de otras interpretaciones generales del mismo Taborda, de Sánchez Viamonte, José Gabriel, Aníbal Ponce, Angel Guido, Gregorio Bermann, Enrique Puccio y A. H. Pizzonia figuran consideraciones de temas particulares relacionados con la Reforma (de Julio V. González, Jorge Thenon, Carlos Cossio, Ernesto Giudice, Florentino Sanguinetti, etc.) y una serie de artículos y conferencias relacionados con el XX aniversario del movimiento (1938) de Héctor P. Agosti, Giudice, J. V. González, Alcides Greca, Diego Luis Molinari, Noel Sbarra y Gabriel del Mazo. La sola enumeración de los autores transcritos evidencia el criterio ecléctico del compilador, el más apropiado a este género de trabajos.

• • •

La compilación de Del Mazo es una respuesta concreta a la pregunta "¿Qué es la Reforma Universitaria?" Permite apreciar que, a través de acontecimientos aparentemente distintos, existe un nexo común que, partiendo de la satisfacción de aspiraciones específicamente universitarias (mejor profesorado, democracia interna, investigación científica, antidogmatismo, etc.) y mediante una generosa concepción de función social, desemboca en ideales sociales y políticos de extensión continental: la democracia universitaria termina en democracia política y social y en anti-imperialismo; la libertad de enseñar y aprender es, al fin, libertad política y económica de los pueblos.

No es por azar que muchos países de América cuenten hoy entre sus hombres de gobierno a reformistas de ayer. En Perú, Ecuador, Venezuela, Colombia, Guatemala, Cuba, los hombres de la Reforma Universitaria participan directa o indirectamente del gobierno. Las firmas de Haya de la Torre, Turbay, Arciniegas, Arévalo, Grau San Martín, Betancourt y otros figuran al pie de los manifiestos intrépidos de los años oscuros de las tiranías americanas.

La lección americana no se ha cumplido en nuestro país. Nuestra

decadencia política se caracteriza por los ataques contra la Reforma. Es doloroso recorrer las firmas de tantos manifiestos, artículos y conferencias de los años de lucha y constatar cuanta "mentalidad emigrante e infiel" cuanta "tremenda infidelidad" ha cundido y cunde entre nuestra inteligencia universitaria.

• • •

Del Mazo ha hecho una obra útil y necesaria, especialmente para estos años, amargos para los ideales reformistas. El compilador declara en la "Noticia Preliminar" que ha querido ser objetivo y que deja librado al criterio de los jóvenes y de los estudiosos la deducción de los imperativos morales que incluye el movimiento reformista. Sin embargo, la compilación hace evidente que la precisión de las reivindicaciones estudiantiles, la generosidad de los ideales sociales sustentados y los alcances políticos del movimiento universitario no admiten alternativa en la elección: reformista es todo universitario de América que tome partido por la libertad de los hombres y los pueblos.

En el momento de recobrar fuerzas para continuar en el camino emprendido o reiniciar la obra quebrada por las nuevas Contra Reformas, se ha de volver sin duda los ojos a esta obra para hallar otra vez la inspiración que hizo fecundas a varias generaciones de americanos.

Nicolás Babini

Libro Primero de la Recopilación de las Cédulas, Cartas, Provisiones y Ordenanzas Reales, por JUAN DE SOLÓRZANO PEREIRA. Noticia preliminar de Ricardo Levene. 2 tomos de 358 y 316 p. Buenos Aires, 1925. (Volúmenes V y VI de la Colección de Textos y Documentos para la Historia del Derecho Argentino que edita el Instituto de Historia del Derecho Argentino de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires).

Esta valiosa obra de Juan de Solórzano Pereira — el creador del derecho colonial con su clásica *Política Indiana* — que acaba de publicar el Instituto de Historia del Derecho Argentino de la

Facultad de Buenos Aires, representa una contribución original al conocimiento de la legislación de Indias que los estudiosos y especialistas en esta rama jurídica habrán de recibir con singular placencia e indudable interés. El mérito de la iniciativa, plausible tanto por el móvil generoso que la determina como por su bella realización, pertenece al director del referido Instituto, el reputado historiador, doctor Ricardo Levene, quien, penetrado de la excepcional importancia que reviste esa fuente, hasta ha poco inédita del derecho indiano, gestionó en el año 1943 y obtuvo la fotocopia del ejemplar manuscrito existente en la Biblioteca Newbery, colección Edward E. Ayer, de la ciudad de Chicago, Estados Unidos.

“Se debe destacar el valor de este *Libro Primero* — afirma Levene, en el substancioso prólogo que antecede a la obra — por la noble materia que contiene, leyes referentes a los orígenes de las Indias, que complementa el Código de Encinas de 1596 y la continúa hasta 1622. Se encuentran en esta obra no pocas de las cédulas de la primitiva organización jurídica indiana, que no aparecen después — una vez cumplida su misión — en la Recopilación de 1680 y otras muchas que fueron recogidas en la Recopilación citada.

El texto íntegro del *Libro Primero* que comentamos ha sido distribuido en dos volúmenes de magnífica presentación tipográfica y el mismo comprende 13 títulos que tratan sucesivamente de las Indias Occidentales descubiertas y su anexión a la corona de Castilla; de los descubrimientos y pacificaciones; de las poblaciones, reducciones y descripciones; de la Santa Fe católica y del cuidado que se ha de tener en doctrinar en ella a los indios; de las iglesias y monasterios; de los hospitales y colegios, seminarios y otras obras pías, de la inmunidad de las iglesias; de los arzobispos, obispos y prebendados; de los concilios provinciales y sinodales; de los clérigos y frailes; de los beneficios y doctrinas de Indias; del patronazgo real; de los diezmos y primicias; de los Estudios y Universidades; de los Libros; de los jueces eclesiásticos; de los Tribunales; de la Inquisición,— y por último de los Tribunales y Bulas de la Cruzada.

D. B.

El punto de partida del filosofar, por RISIERI FRONDI. Biblioteca Filosófica de Editorial Losada. Buenos Aires, 1945. 164 p.

Si es exacto que todo filósofo, quiéralo o no, realiza y ha de

realizar su tarea como si antes de él no hubiera acontecido nada —tan propia, tan personal es la faena filosófica— si esto es así no puede sorprendernos que en cierto momento de su vida intente cada uno explicarse y explicar a los demás en qué consiste su tarea, por qué lo hace y qué es lo que en definitiva cree que se debe hacer.

Risieri Frondizi no ha podido resistir a la tentación, más que eso: a la exigencia de plantear y exponer este fundamental problema. Y no ha podido resistirse a ello porque como auténtico filósofo siente claramente que “la vida y el destino del hombre están comprometidos en una investigación de esta naturaleza que adquiere, por esa razón, caracteres profundamente dramáticos”.

El resultado de ese esfuerzo es este magnífico libro, ponderable tanto por la unidad, la coherencia y la profundidad de su punto de vista como por la forma sencilla, clara y aun atrayente de su exposición.

En lo que sigue voy a referirme a algunos de sus puntos más importantes, si bien preferiría que el lector interesado por los problemas filosóficos lo maneje por su cuenta en la seguridad de que su lectura ha de resultarle provechosa y compensará con creces su dedicación.

La filosofía es, para Frondizi, un saber coherente y fundado. Sus problemas son auténticos problemas; el saber de ellos, genuino y riguroso; su fin, *explicar* la realidad y *orientar* la vida humana,

En sentido estricto la filosofía no es, pues, ni una concepción poético-religiosa, ni una ciencia, si por tal se entiende una disciplina que se refiere exclusivamente a una determinada esfera de objetos con prescindencia de la totalidad del ser, que es el objeto de la filosofía. Sin embargo, tiene algo de una y otra, pues aspira a ser amplia y profunda y, a la vez, rigurosa, tanto como puede serlo el conocimiento humano.

Todos aquellos que han negado a la filosofía el carácter de un conocimiento riguroso y fundado parten de un concepto previo de la verdad o de un ideal de conocimiento. Y como no encuentran en la filosofía las condiciones arbitrariamente postuladas niegan toda metafísica y toda filosofía en general. Tal vez nunca se ha llegado a mayores extremos en este sentido que en el “empirismo lógico” que como se sabe tuvo su origen en el “Círculo de Viena” y tiene actualmente numerosos partidarios en Norteamérica. Frondizi hace algunas observaciones críticas sustanciales al empirismo lógico que niega la existencia de los problemas filosóficos simplemente dándoles la espalda; sin desconocer por ello su importante contribución al planteo riguroso de los problemas.

Ahora bien: si la filosofía es un saber riguroso no debe escoger

al azar su punto de partida. Ejemplares son en este sentido, prescindiendo de los antiguos, las posturas de Descartes y de Husserl. Frondizi analiza una y otra y las somete a un examen crítico, al mismo tiempo que despeja el camino para la exposición de sus propias ideas.

La filosofía no puede partir sino de la experiencia, dice Frondizi. ¿En qué consiste ésta?. Para nuestro autor, la experiencia es inmediata realidad total del *yo haciendo algo con un objeto*, en donde es preciso señalar que el yo no es una sustancia previa y separada de sus actos, sino un concreto hacer algo: pensar, sentir, percibir, etc.; y el objeto no es un ser en sí que de algún modo entre en la relación de conocimiento, sino el correlato objetivo a cada hacer concreto, es decir, ese algo al cual el yo se refiere en toda actividad. Esta experiencia es, téngase esto bien en cuenta, un hecho efectivo, “una realidad plena y cabal que el filósofo debe mantener constantemente a la vista para no extraviarse en la maraña de sus propias creaciones”.

Por de pronto, es evidente que el yo es una sustancia, no es algo que está por encima o por debajo de sus actos, sino que consiste en los actos mismos, de tal modo que si éstos desaparecieran desaparecería con ellos el yo mismo. Al escapar de este modo al peligro del sustancialismo Frondizi no cae sin embargo en el actualismo que considera al yo como creado por los actos, porque tampoco son éstos independientes del yo, sino siempre actos de un ser concreto que les da sentido y unidad. Existe, sin duda, una visible unidad en la corriente de las vivencias, mutuas relaciones entre ellas y cierta continuidad innegable en la experiencia. Esto no podría explicarse sin la existencia del yo. El yo es lo permanente en la constante fluir vivencial. Esto no quiere decir que sea inmutable, porque toda vivencia nueva modifica su ser. Mutación y permanencia caracterizan el yo, Aquélla explica la evolución, el desarrollo y hace posible la educación; ésta, la permanencia, justifica la identidad personal a través de todos los cambios, esto es, el ser yo mismo quien vive y ha vivido infinidad de actos que percibo como míos y de los cuales me siento responsable.

El sustancialismo fué definitivamente destruído por la crítica de Hume. Pero Hume sacó de esto una falsa conclusión. Desde luego, si quitamos las vivencias no encontramos el yo en parte alguna, pero no quiere decir esto que el yo no existe, sino que no existe como sustancia. Toda vivencia supone un yo al cual pertenece. ¿Qué sentido tendría hablar de un pensar, amar, percibir, sino lo referimos a un yo que es quien piensa, ama y percibe? El rechazo de la idea de sustancia no niega la realidad del yo. Sin él la vida

psíquica sería un terrible caos y el fluir de las vivencias un acaecer sin sentido alguno.

Pero, como he señalado antes, la experiencia no consiste sólo en el yo y sus actos, sino también necesariamente, en los objetos hacia los cuales se dirigen los actos. La intencionalidad es, pues, para Frondizi, y tal como se la entiende ahora, el ser de las vivencias. Como es de suponer Frondizi tiene que recordar en este momento a Brentano que tan poderosa influencia ejerció en Husserl, Meinong, Scheler y, en general, en todo el movimiento filosófico de nuestros días.

Ahora bien: si todos los actos del yo se caracterizan por su intencionalidad, por su estar referidos a algo como su objeto, entonces pierde todo sentido el ya clásico problema gnoseológico de la relación sujeto-objeto, con lo cual queda automáticamente refutado el idealismo que en la experiencia parte del *cogito* y se encierra en él, sin advertir que todo *cogito* supone un *cogitatum*. ¿O es que acaso podemos percibir un estado anímico, un acto de conciencia sin percibir al mismo tiempo aquello a lo que se refiere? El idealismo tiene razón al afirmar que no hay objetos sensibles sin percepción. Pero no es menos cierto que no hay percepción sin objetos sensibles.

Establecido que la filosofía debe partir de la experiencia y que ésta consiste en aquella unidad indivisible del *yo haciendo algo con un objeto* conviene observar que esta experiencia es siempre concreta, pertenece a un yo. Lo natural es, pues, que nuestra propia experiencia se convierta en punto de partida de todo filosofar. "*Mi experiencia aquí y ahora* es el hecho primario e innegable, el punto inicial que buscábamos", dice Frondizi, reconociendo, claro está, que se trata de la totalidad de la experiencia, la experiencia de toda la vida incluso lo pasado y su proyección en el futuro.

Pero esto no significa —Frondizi se cuida muy bien de ello— desembocar necesariamente en el subjetivismo. Ni mi experiencia, ni la ajena serían posibles sin la convivencia. Yo hago posible la experiencia ajena y los demás hacen posible la mía. Mi experiencia forma parte de la totalidad de la experiencia humana, y ésta está en mí, en mi propia experiencia, a veces de modo consciente, otras sin saberlo ni sospecharlo.

La experiencia a que alude Frondizi es, pues, la experiencia total. Contempla el acaecer psíquico en su integridad y en sus múltiples formas: percibir, sentir, juzgar, valorar, querer, etc.; en el presente y en el pasado y en todas sus proyecciones sociales. No se ha tenido esto en cuenta frecuentemente y de ahí las posiciones unilaterales como el racionalismo y el empirismo que parten del su-

puesto de que sólo en el pensar y en el percibir se da una relación objetiva con las cosas. Ya Dilthey señaló esta radical ceguera del intelectualismo que pasa por alto la realidad total de la experiencia humana.

En el apartado final de su libro Frondizi se plantea el problema del objeto propio de la filosofía. Este no puede ser más que la experiencia misma, de tal modo que la filosofía podría definirse como *teoría de la totalidad de la experiencia*. Sin perder la unidad de la experiencia podría distinguirse en ella una parte que se ocupa del yo, otra de sus actos y una tercera de sus objetos. Se traza con esto un plan de trabajo que puede orientarse en una u otra dirección según las preferencias personales, pero que debe mantener siempre presente la unidad de la experiencia y la relación natural de los objetos.

Fronidzi se ha planteado en este libro problemas fundamentales de la filosofía. La seguridad y firmeza con que se desplaza en ellos nos hace esperar con fundado optimismo su labor futura. Por lo demás, sus trabajos anteriores abonan esta confianza que seguramente no se verá defraudada mientras Frondizi mantenga en sus investigaciones la clara visión de los problemas, la serenidad y el sentido crítico que pone de manifiesto en este libro.

Rafael Virasoro

Isaac Newton, por CORTÉS PLA. 264 págs.; algunas figuras en el texto y un retrato en negro. (Colección Austral N° 533). Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1945.

Este nuevo libro del distinguido Vicerrector de la Universidad Nacional del Litoral Ing. Cortés Pla, es un nuevo regalo para el espíritu. En las horas inquietantes y de agitación turbulenta en que se desempeña el mundo, libros como el de este señalado historiador de las ciencias físico-matemáticas, uno de los pocos que se dedican a este aspecto en nuestro país con la jerarquía que el gran maestro Aldo Mieli es el primero en reconocer en el prólogo, es un sedante de inestimable valor. Además, su valoración crítica del esfuerzo de un notable hombre de ciencia, cuyo nombre llena los siglos subsiguientes a aquél que le vio nacer y, la exposición de sus doctrinas, a la par que la génesis de sus descubrimientos e inducciones ubicadas con singular acierto en la época en que se desarrolla-

ban los acontecimientos, tienen un valor educativo inestimable al mostrar como la obra del hombre es perfectible día a día con el concurso de todos los hombres bien dispuestos y que han hecho de la búsqueda desinteresada de la verdad, la norma de sus vidas. Los profesores que se acercan con respeto y cariño a sus alumnos, no vacilarán nunca en señalar, cuando la ocasión se presente, este aspecto que tan bien pone de manifiesto el desarrollo histórico de los acontecimientos y la integridad de una vida puesta al servicio de un ideal superior. Por esto, creo que obras como las que comentamos —y cuyo número en español se cuentan con los dedos de la mano— son de extraordinaria trascendencia y de una resonancia tal vez mayor que la que el mismo autor pudiera sospechar; no hacen en efecto, sino prolongar la acción del maestro, por obra del libro, capaz de despertar la resonancia espiritual aún en los más apartados rincones de nuestro país que tan necesitado se halla —hoy tal vez más que en la época de Sarmiento— de una cultura sólida y firme, centrada en los verdaderos intereses políticos y sociales. Es abriéndose a la luz como la luz puede nacer en nuestros espíritus, porque como ya lo decía Benito Espinosa “La perfección del hombre crece en razón de la perfección del objeto que se quiere por encima de todo lo demás”. Es mostrándole, con el ejemplo de los grandes hombres, como se desprende de las magníficas páginas evocadoras de Cortés Pla, que nadie tiene derecho a recoger si antes no ha sembrado ni se tiene derecho al reposo si primero no se ha encallecido las manos en el trabajo y quemado el fósforo en las vigili-
lias permanentes, cómo contribuiremos a educar a la juventud que nos escucha, tan necesitada de ejemplos normativos.

Todo está encadenado. Cortés Pla, que sabe, porque nos lo ha dicho con palabra sincera y autorizada, que la esencia del método que conduce al saber científico, conduce a la verdad, a la ciencia y a la libertad; auténtico maestro que enseña a la juventud con el ejemplo, ha sido paladín y apasionado defensor de nuestras instituciones democráticas y liberales y propugnador de la recuperación institucional en jornadas que no tenemos por qué recordar porque están presentes en la mente de todos los que no han podido permanecer indiferentes a la suerte del país en los últimos años. Hombre de ciencia, biógrafo de Galileo y del genial hombre de ciencia inglés que evoca en su nuevo libro, no podía menos de estar identificado con los ideales permanentes de la humanidad que piensa y trabaja, a veces obscurecido por la sombra de la barbarie: de un pueblo que arrojaba a los débiles recién nacidos a las aguas del Eurotas, adonde hubiera ido a parar Newton, sietemesino enfermizo, o que en pleno

siglo XX, quema en la hoguera los libros, orgullo del pensamiento humano, retrotrayéndonos de golpe al hombre de las cavernas.

Un sentimiento de admiración y reconocimiento brota de todos nosotros por la obra de los que nos precedieron en el tiempo y profunda gratitud debemos a los que como Pla, saben poner de relieve estos valores inmanentes de la humanidad —lección de ciencia y civismo, de conocimientos y de normas que ponen de relieve la solidez de la moral de la ciencia, tan admirablemente señalada por Bayet— y nos han dado libros tan interesantes y útiles. Con poco tiempo de diferencia, Cortés Pla nos ha dado Galileo Galilei e Isaac Newton. No están escritos al azar, ya que están ligados por el hecho real de que el destino hacer nacer al segundo, cuando se apagaba la vida del primero y, alejados en el espacio, el espíritu del entecesor se materializó en la labor del genial continuador. Porque como recuerda Pla, “si a Galileo le correspondió el honor de apelar a la matemática para la interpretación de los fenómenos de la naturaleza, ha sido Newton quien convirtió en sistema tal norma, que desde entonces ha sido fielmente seguida por cuantos se han dedicado al estudio de esos problemas”.

Aldo Mieli pudo decir con justa razón sintetizando el comentario que nos ocupa: “Como hizo para Galileo, Pla nos brinda en su Newton cuidadosas noticias biográficas que despiertan vivo interés, aún cuando las vicisitudes del inglés no tengan la naturaleza dramática e impresionante de las del sabio florentino, nacido en Pisa. Pero no es en esta parte, la más conocida, donde se encuentra el mayor mérito de estos dos libros, que en su conjunto puede decirse que forman un todo único al exponernos, entre otras cosas, el origen y finiquitación, en sus rasgos fundamentales, de la mecánica moderna y del actual método científico, experimental y matemático al mismo tiempo, que se debe emplear en el estudio de la naturaleza. Lo más interesante y menos conocido del público en general es el desarrollo de la obra científica de los dos grandes”.

En esto, precisamente, finca el mérito de la obra que comentamos; no es una mera biografía novelada, al estilo de las que nos suelen ofrecer los novelistas; es una historia del pensamiento científico y del desarrollo de las ideas, reunidas alrededor del espíritu que supo levantarlas del mundo en que yacían y cobrarlas una a una. En una palabra, la vida física y carnal sólo en lo que tiene de indispensable como referencia más premiosa, la vida espiritual en toda su amplitud y señorío. La génesis de sus ideas, las controversias con sus contendores, la acción docente en el desempeño de sus cátedras, su actuación en el seno de las sociedades científicas, la proyección de su obra, la influencia de sus maestros y la continuidad

de sus discípulos, su temperamento y manera de ser, el desarrollo progresivo de sus doctrinas confrontadas con las últimas adquisiciones de la ciencia, están referidas con una habilidad didáctica tan flúida y conexas que, sin conocerle en la cátedra, nos lo imaginamos eximio maestro en el arte de la trasmisión de los conocimientos.

No resistimos a la tentación de enumerar los diversos capítulos de este nutrido volumen porque muestran directamente el criterio y la intención del autor: En el capítulo I "*Niñez y juventud*". *Primeros trabajos*" destaca la coincidencia de que tanto Galileo como Newton, dos de los más esclarecidos genios de la humanidad, deben a uno de sus trabajos menos importantes, el prestigio que los ubica de pronto entre las primeras figuras del campo científico mundial. En efecto, en Galileo es la construcción de su anteojo refractor lo que le brinda la fama y posición. Newton adquiere notoriedad con su telescopio reflector". Extraña coincidencia en efecto, que tal vez podría tomarse como un anticipo de que sus mortales ojos, serían capaces de proyectarse en las honduras de los espacios y ordenar el maravilloso escenario del Universo— *la unidad en la variedad* del espectáculo que pone desasosiego en los corazones— y descubrir las leyes de la armonía que presentaba el Cosmos griego.

En el capítulo II, titulado "*La óptica newtoniana*" el autor analiza detalladamente la obra del sabio y da una clara exposición de sus doctrinas y de sus experimentos en esta parte de la física "en los que se admira tanto la meticulosidad del procedimiento y la reiterada prudencia en los resultados, como la forma exhaustiva en que todas las circunstancias accesorias que pudieran alterar o modificar el fenómeno quedaban descartadas". Para el estudiante no será inútil la reflexión del autor. "La simple observación del espectro se remonta seguramente al primer hombre que miró a través de un vidrio biselado. No basta haber visto un fenómeno; con ello la ciencia no obtiene ningún resultado. Lo importante, el hecho positivo, es analizarlo y saberlo explicar y reproducir". La reproducción de la portada y de algunas páginas del texto original realzan el análisis y ayudan a conocer una obra que los estudiosos no especializados, sólo conocemos de oídas.

En el capítulo III, "*Newton y la Matemática*", se aprovecha para realizar una interesante síntesis de la evolución histórica del pensamiento matemático con el fin de poder ubicar la trascendencia de la obra de Newton y Leibniz, los dos creadores del cálculo infinitesimal y sirven al autor para mostrar cómo a veces se enardecen los ánimos y se traducen, por obra de los discípulos obcecados, en lo que califica con razón de lamentable polémica: triste episodio de amor exacerbado, de nacionalismo mal entendido, de pequeñía

política intrascendente". Si los hombres de ciencia fueran perfectos, no serían de este mundo.

En el capítulo IV, analiza la obra fundamental de Newton pues, como dice el autor, "aún cuando los aportes brindados por Newton al progreso de la ciencia en el campo de la óptica, de la matemática y de las otras ramas de la física que hemos citado, serían suficientes para inmortalizar su nombre y recordar su obra como fruto de un ingenio extraordinario, estos palidecen frente a la comparación con sus investigaciones en la mecánica y en la astronomía", pues en efecto "es ahí donde el genio newtoniano alcanza sus más altas cumbres y muy pocos hombres podrían admitir lograr el honor de un parangón con el sabio inglés". En cincuenta páginas, esquematiza con claridad y habilidad el contenido de los *Principia (Philosophiæ Naturalis Principia Mathematica* o "Principios matemáticos de la filosofía natural) y no será uno de los menores méritos de Cortés Pla, el ofrecernos, a los que no podemos dedicarnos a estas cuestiones con la profundidad y competencia de que hace gala, en forma accesible y clara, una exposición completa de esta obra monumental. El lector encontrará aquí una síntesis de los libros en que subdivide la obra, sus principios, sus axiomas y sus definiciones sobre conceptos tan fundamentales como el tiempo y el espacio absolutos, la masa y el punto material que reemplaza a los cuerpos y "es el fundamento básico de toda la teoría newtoniana".

En el capítulo V se refiere al origen de la ley gravitacional que configura, aún en la enseñanza más elemental, el nombre de Newton y a la revaloración crítica de la discutida anécdota de la manzana. En el siguiente, titulado "*La reacción de los cartesianos y el triunfo de la mecánica newtoniana*", el autor expone el ambiente en que iba a incidir la nueva teoría y su repercusión en el continente europeo, donde la obra de Newton, siguiendo las huellas de Galileo, basada en la experimentación, en la observación, y en la demostración matemática — Galileo hablaba de "le esperienze sensate e le dimostrazione necessarie" — tuvo que luchar contra los cartesianos tan aferrados a la teoría de los torbellinos de su maestro, como los escolásticos lo estaban a la de Aristóteles; finalmente, los resultados experimentales (la medida de la masa de la Tierra, el descubrimiento de Neptuno, el retorno del cometa de Halley) vencieron los últimos reductos en que se atrincheraban los contrincantes y la teoría de Newton brilló en todo su esplendor. El capítulo VII, "*Acción a distancia. Eter. Relatividad*" le permite ofrecer una visión panorámica interesante de los problemas más candentes de la física actual, pues va de la supuesta acción a distancia de los newtonianos, pasando por el éter de Huyguens y Fresnel, a la teoría de la relati-

vidad de Einstein, que como se complace en significar el autor “no ha destruido la obra de Newton. Así contrario: pese a insuficiencias conceptuales, perfectamente justificables en la época en que el sabio inglés elaboró su teoría, ella atraviesa la crisis que puede implicar la aparición de la teoría de la relatividad, mostrando orgullosamente la calidad excepcional de su estructura y la fecundidad de sus ideas”.

En el capítulo VIII “*Trascendencia de la obra de Newton*” expone un juicio crítico sobre la obra del genial cultor del método experimental, que sabe distinguir con agudeza el cómo (que contesta la ciencia) del ¿por qué? (que es campo propio de la filosofía o de la teología), como se pone de relieve cuando nos dice en sus *Principia* “No he podido todavía llegar a deducir de los fenómenos la razón de estas propiedades de la gravedad y yo no imagino hipótesis, pues todo lo que no se deduce de los fenómenos es una hipótesis, y las hipótesis sean metafísicas, sean físicas, sean mecánicas, sean las de las cualidades ocultas, no deben ser recibidas en la filosofía experimental” Pla, aprovecha la oportunidad para brindarnos una excelente, rápida y apretada síntesis de los problemas de las escuelas filosóficas conexas: el mecanicismo de Newton y Descartes, el determinismo que tuvo en Laplace a su máximo expositor, hasta llegar al indeterminismo de Heissenberg que ocupa el primer plano en la física actual, para ponernos de relieve que “el método seguido por Newton en la elaboración de su teoría es, en definitiva, el *método experimental* que allí se perfila claramente, partiendo de un cierto número de datos concretos logrados por vía experimental, mediante los cuales, con el razonamiento y el cálculo matemático —de ahí su apreciación de la matemática como medio o instrumento, nunca como fin exclusivo— es posible llegar al enunciado de leyes generales que interpretan los fenómenos naturales”.

En el capítulo IX *¿Newton plagiarlo?* pónese en claro la inconsistencia de las denuncias de Chasles en la Academia francesa, el desarrollo de esta campaña y el descubrimiento final de la asombrosa ingenuidad del matemático francés que se había dejado embaucar en forma realmente inexplicable; un capítulo poco conocido por nuestros estudiantes y muy instructivo, porque les revelará una vez más, la facilidad con que el recelo puede prender cuando un patriotismo malsano atiza el foco de pasiones fáciles de encender y a que extremos puede conducir la obra de ciertos irresponsables que se escudan en semejantes actitudes.

El capítulo final “*Valoración del hombre*” cierra con broche de oro, estudio tan interesante como ejemplar. Con fino espíritu de síntesis, termina su bosquejo biográfico con las siguientes palabras: “Austero, creyente sincero, generoso con sus discípulos predilectos,

fiel a sus amigos, de costumbres no complicadas, pasa por el mundo dejando la huella imborrable de su genio y la aridez de su vida sentimental. Inmenso entre los grandes creadores del conocimiento, supo conservar la lucidez mental y amortiguar el legítimo orgullo, creyendo en la eterna evolución de la ciencia. Reveló así su natural modestia, realizada aún más, por su egregia personalidad”.

Un libro que se lee con verdadero placer y una exposición didáctica del pensamiento de uno de los hombres más geniales que tuvo la humanidad; solamente, un estudioso y un maestro como Cortés Pla, nos lo podía ofrecer.

Alberto E. J. Fesquet

Sociedad y Naturaleza, por HANS KELSEN. Trad. de Jaime Perriaux (Buenos Aires, Depal, 1945), vol. 634 p.

La editorial Depalma nos ofrece una pulcra traducción de la obra de Kelsen *Naturaleza y Sociedad*, publicada en Estados Unidos en 1943.

Se trata de una investigación sociológica de la idea de la justicia. Por esta vez se aparta el ilustre jusfilósofo de los temas a que ha dedicado su producción científica de renombre universal, particularmente el análisis de la estructura formal del derecho positivo en cuanto sistema de normas.

Más aún, una lectura detenida de su nueva obra nos hace pensar que hay en las ideas expuestas y desarrolladas un reconocimiento implícito de que su teoría pura del derecho se habría apartado de la verdadera vida jurídica al prescindir, en su formalismo riguroso, del elemento ideal de la justicia.

Y ello aunque el autor invoque la pureza del método como la razón que le ha llevado a separar en su producción científica “el derecho de la justicia en cuanto sistema de normas diferentes, a saber, morales, y el análisis estructural del derecho de una investigación sociológica de las ideas que determinan efectivamente o, desde un punto de vista moral, debieran determinar, la formación de las normas que llamamos derecho”.

El propósito de la obra es mostrar cómo el principio de retribución, norma social, — generalmente aceptada como la esencia de la justicia — ha determinado la interpretación de la naturaleza y

cómo la ley de causalidad, ley natural, se ha desarrollado a partir de ese principio.

Como se advertirá se intenta superar el dualismo entre sociedad y naturaleza, qué para el autor son los resultados de dos métodos diferentes de pensar y sólo en cuanto tales dos objetos diferentes. Dualismo que es sólo un estadio en la historia del pensamiento humano. Así, para el hombre primitivo no existe; la naturaleza es parte intrínseca de su sociedad, y por tanto interpreta sus fenómenos de acuerdo a normas sociales.

Con gran acopio de material etnológico y filológico y gran eficacia dialéctica el autor expone la interpretación social de la naturaleza característica de la mentalidad primitiva, principalmente basada en el principio de retribución, relación social y no nexos causal que presuponga una conexión objetiva de hechos, vale decir que frente a la naturaleza, como frente a sus semejantes el primitivo ajusta su conducta a un principio único: el principio social de retribución.

Señala luego, cómo, con el avance de los componentes racionales de la psique sobre los emotivos, se desarrolla el principio de causalidad, forma histórica del pensamiento humano. Así entonces, en la regla *no hay castigo sin culpa, ni recompensa sin mérito* castigo y recompensa se convirtieron en *efecto*, culpa y mérito en *causa*.

Consecuentemente con esta generalización se desarrolla cierta objetivación, cuyo proceso sería largo seguir, y el sujeto de la cognición es separado de su objeto. Hasta que el último exponente de la interpretación sociocéntrica de la naturaleza, y como tal ligada al principio de retribución, la concepción ptolemaica del mundo es reemplazada por el pensamiento causal puro en Copérnico y Kepler.

Esta separación de la ley de causalidad del principio de retribución da origen al dualismo naturaleza-sociedad. Si esta tesis sobre el origen del principio de causalidad es correcta la actual crisis de la causalidad —particularmente en el terreno de la física con la mecánica de los quanta—, será entendida como la culminación de “un proceso intelectual cuyo sentido es la emancipación gradual, partiendo del principio de retribución, de la ley de causalidad. La emancipación de una interpretación social de la naturaleza”.

Sostiene Kelsen que esta llamada crisis del principio de causalidad, que reemplaza su formulación clásica por una ley de probabilidad estadística, nos llevará a una concepción monista del mundo, superando el dualismo en el conocimiento científico. De tal manera que así como para la concepción primitiva la naturaleza era parte

de la sociedad para la sociología moderna la sociedad es parte de la naturaleza y se rige por leyes similares.

Retoma, pues, Kelsen con una nueva y vigorosa fundamentación, la causa de la concepción *naturalista* de la sociología, abandonada hace tiempo por la mayoría de los cultores de la ciencia.

No obstante lo seductor del pensamiento de Kelsen debemos reconocer que hay diferencia entre el mundo de la naturaleza y el de la sociedad. La señalaron los sistematizadores de las "ciencias del espíritu" con Dilthey a la cabeza, pero llegaron en su reacción al extremo opuesto, a asimilar el fenómeno social a un dato del espíritu, la realidad social a un mundo de sentidos.

Tal vez fuera oportuno recordar aquí la posición de Freyer que negó validez, para el conocimiento de la sociedad, al dualismo entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, apartando a la sociología de los modelos lógicos de las otras ciencias y de la actitud cognoscitiva tradicional, para construir una forma sistemática propia, con técnicas conceptuales propias tomando como base los caracteres de su propio objeto. Y terminó creando un nuevo dualismo entre ciencias logológicas y ciencias realológicas.

Es prematuro predecir la suerte de la posición kelseniana en el campo de la sociología, pero no es posible disimular su trascendencia y la enorme resonancia que ha de tener en todos los campos de la ciencia, puesto que entra vigorosamente al debate de uno de los temas más importantes planteados al pensamiento moderno: la unidad del conocimiento científico.

Italo A. Luder

Historia de la física, por DESIDERIO PAPP. Espasa-Calpe Argentina, S. A. Buenos Aires, 1945. 383 p.

En este libro, primero en su género que se publica en el país y que pertenece a la Serie Mayor de la Colección Historia y Filosofía de la Ciencia dirigida por JULIO REY PASTOR, Papp estudia la obra de los físicos "ilustres cuyas inolvidables hazañas llenan la magna crónica de los tres siglos transeurridos entre Galileo y Röntgen". Sin duda, esta limitación en el tiempo del desarrollo de la

física, que, como reza el subtítulo del libro, va “desde Galileo hasta los umbrales del siglo XX”, puede discutirse. No su término final, mas sí el inicial, pues la óptica geométrica de EUCLIDES, la estática e hidrostática de ARQUÍMEDES, la mecánica de HERON y algunas contribuciones prerrenacentistas como la de PEDRO DE MARICOURT sobre el magnetismo, forman indudablemente parte de la física; pero si con PAPP, se considera esta ciencia como una armoniosa y estu-
penda combinación de carácter “filosófico, matemático y empírico”; una admirable síntesis de tres métodos que en el pasado fueron utilizados aislados: la suposición meramente filosófica, su tratamiento matemático y el sometimiento de la ley encontrada a la instancia verificadora de la experiencia, entonces el principio de la física se encuentra en GALILEO, quien por primera vez ensambla esos métodos en una indivisible unidad y los aplica con extraordinario éxito.

Aparece nuevamente en este libro la concepción racionalista de la ciencia que PAPP desarrolló ampliamente en otra obra (*Filosofía de las leyes naturales*, comentada por nosotros en estas mismas páginas) según la cual priva el método hipotético-deductivo sobre el empírico-inductivo, mientras la experiencia, aunque indispensable, está relegada a un segundo plano, sirviendo sólo de control a posteriori de la ley ya hallada. Concepción que, extremando el argumento, nos parece la más natural, pues hasta el más empedernido empirista reconocerá que las experiencias que realiza el físico, en su marcha y selección, están guiadas por intuiciones o hipótesis más o menos ocultas o manifiestas, pero que siempre preceden a la experiencia misma.

El hecho de que en este libro el PAPP epistemólogo prive sobre el PAPP historiador y físico, hace su lectura más atrayente y fácil, así como permite reducir la dificultad que involucra desarrollar la historia individual de una ciencia como la física, tan íntimamente vinculada a otras disciplinas como la matemática, la química, la astronomía y la técnica.

Con muy buen criterio el autor agregó, como apéndice, una selección de 48 textos clásicos pertenecientes a 37 autores distintos, que abarcan casi la mitad del libro y que facilitan al estudioso el conocimiento directo de los escritos o memorias en los que los autores describen sus descubrimientos más importantes.

Una buena colección de láminas con los retratos, a toda página, de 27 físicos ilustres y un índice de nombres, adorna y enriquece este interesante libro, cuya lectura recomendamos.

José Babini

Música, historia e ideas, por HUGO LEICHTENTRITT. Traducción de Floreal Mazía. Editorial Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires, 1945. 275 p.

Hugo Leichtentritt pertenece al Departamento de Música de la Universidad de Harvard y la base de su libro fueron dos series de doce conferencias dadas durante el curso 1934-35. No se trata de una historia detallada de la música sino de una ubicación de la misma dentro del proceso cultural de la humanidad. "La intención de este libro —dice en el último capítulo— ha sido señalar que desde la antigüedad, hace más de dos mil años, todas las realizaciones de la música, todos los cambios de importancia en los estilos, han estado sujetos a las condiciones culturales de las distintas épocas y han sido determinados por las ideas estéticas dominantes en cada una de ellas". Consecuente con estos postulados el autor sigue el desarrollo del arte musical desde los griegos hasta el siglo XX demostrándonos que "...hacia dondequiera que se vuelva la mirada, se percibe cuán íntimamente está unido el arte a las condiciones físicas de la vida, a los acontecimientos de la historia política y al mundo del espíritu". Una extensa y detallada bibliografía, expuesta por capítulos, completa el valor de esta obra.

M. E. S.

Antología de Pestalozzi. Selección, prólogo y traducción de Lorenzo Luzuriaga. Editorial Losada. Buenos Aires, 1946. 106 p.

La Editorial Losada ha reeditado la *Antología de Pestalozzi* publicada en 1931 por la *Revista de Pedagogía*, de Madrid. Al coincidir esta reedición con el segundo centenario del nacimiento del gran educador suizo constituye una contribución a los homenajes realizados en el mundo pedagógico a una de sus figuras más eminentes. Para Pestalozzi la cultura humana ofrece tres aspectos que deben ser desarrollados armónicamente: la cultura del espíritu, cuyo punto de partida es la intuición, la del sentimiento que comprende la formación artística en su sentido más amplio, la del corazón o cultura moral. Estos aspectos se hallan contemplados en los seis trozos escogidos, tomados de sus obras fundamentales: *La velada*

de un solitario, Leonardo y Gertrudis, Investigaciones sobre la marcha de la naturaleza en el desarrollo del género humano. Cómo Gertrudis enseña a sus hijos, Una ojeada a mis ensayos pedagógicos y El canto del cisne. El libro ha sido objeto de algunas correcciones. Lorenzo Luzuriaga ha revisado el prólogo destacando más intensamente la figura de Pestalozzi como educador del pueblo. También se ha dado mayor extensión a algunos de los trozos seleccionados.

M. E. S.

Filosofía de la educación, por W. H. KILPATRICK, F. S. BREED, H. H. HORNE y M. J. ADLER. Introducción de John M. S. Brubacher. Traducción de Lorenzo Luzuriaga. Editorial Losada. Buenos Aires, 1926. 303 p.

Los trabajos que encierra este volumen han sido tomados de *Philosophies of Education* publicado por la "National Society for the Study of Education", de los Estados Unidos, como su 41 *Year-book* (1942). John M. S. Brubacher destaca en el prólogo la importancia cada vez mayor que adquiere la filosofía para los estudiosos de la pedagogía, de allí la necesidad imperiosa de acrecentar la bibliografía sobre la materia. Los cuatro trabajos seleccionados y traducidos por Lorenzo Luzuriaga representan cuatro tendencias netamente distintas dentro del campo de la filosofía educacional norteamericana. William H. Kilpatrick, ampliamente conocido más allá de las fronteras de su patria, afirma la posición pragmática o experimentalista que tanta influencia ha tenido en el proceso educacional yanqui. Frederick S. Breed, de la Universidad de Chicago, autor de *Education and the new realism*, defiende el punto de vista realista. La tesis del idealismo se halla sustentada por Herman H. Horne conocido por sus obras *Philosophy of education* y *The democratic philosophy of education*. Mortimer J. Adler, expone la defensa de la filosofía de la educación basada en los principios aristotélicos. Este libro es una valiosa contribución al acercamiento espiritual interamericano mediante la difusión de los mejores frutos del pensamiento continental.

M. E. S.

La educación física e higiénica, por ALONZO FRANKLIN MYERS y OSSIAN CLINTON BIRD. Traducción de Gonzalo J. de la Espada. Editorial Losada. Buenos Aires, 1945. 199 p.

Los autores de este libro, maestros estadounidenses, bregan para que se llegue a una enseñanza racional de la educación física íntimamente relacionada con la higiénica teniendo en cuenta los postulados pedagógicos modernos que consideran a la educación no como una preparación para la vida sino como la vida misma. Por eso, tanto la educación física como la higiénica, debe ser un proceso natural, no artificial y debe aportar su contribución a una vida más sana y más feliz. Su objetivo primordial común debe ser la promoción del bienestar físico. Los señores Myers y Bird consideran que los maestros primarios de los Estados Unidos no están adecuadamente instruídos para llegar a ese fin y el objeto del libro es presentar una concepción moderna de la educación higiénica y física en las escuelas comunes para uso de los maestros en ejercicio y de los estudiantes que se preparan para el magisterio. La obra es bastante completa y contempla a través de sus diecisiete capítulos las distintas actividades que se pueden desarrollar en ese campo. La traducción ofrece algunos reparos.

M. E. S.

El Coronel Pedro Ramos. Guerrero de la Independencia y Conquistador del Desierto, por SILVA MONTANER, RAÚL. Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, [Editorial Araujo], Buenos Aires, [1945], [Con retrato del biografiado], 96 + 1 [Índice general] + [1] + 1 + [1] pp., 230 × 160 mm.

En el presente trabajo, Silva Montaner, joven historiador argentino, resalta la figura del Coronel Pedro Ramos y Domecq, guerrero de la Independencia, con una extensa foja de servicios, prestados a la Nación Argentina.

Después de un breve comentario sobre los primeros años de

vida de su biografiado, nacido en la Ciudad de Santa María de los Buenos Aires, en 1795, el autor inicia su labor investigadora a partir de la inscripción del Coronel Ramos en el cuerpo de Granaderos a Caballo el 4 de Diciembre de 1813.

Con gran acierto y dominio del tema a desarrollar, Silva Montaner detalla minuciosamente la carrera de este militar que supo ser valiente y audaz, como lo fueron aquellos que no vacilaron en sacrificar sus vidas, para ofrecernos la libertad que hoy poseemos.

En base a una gran documentación consultada en distintos archivos y citada, este historiador destaca la actuación de Ramos, a las órdenes del Gran Capitán Don José de San Martín en el ejército libertador. Más tarde se le encuentra actuando con bravura y coraje en los fortines fronterizos, en lucha contra el malón que era el azote de las pampas argentinas durante el siglo pasado.

En 1833 aparece formando parte del tribunal que juzgó al Teniente Coronel José María de Pinedo, por no haber defendido las Islas Malvinas cuando los ingleses se apoderaron de ellas para convertirlas en "Posesión Británica", y en ese mismo año lo hallamos integrando la expedición al Desierto encabezada por Juan Manuel de Rosas.

Ya Rosas en el poder, Ramos fué uno de sus colaboradores, siendo nombrado su edecán. A él le fué encargada la misión de fusilar a Don Domingo Cullen, orden que cumplió y ejecutó en San Nicolás.

Amplia fué su actuación durante este largo gobierno, y distintos son los hechos de los cuales fué protagonista, comisionado, gestor, etc., pero todo ello lo realizó con honradez y generosidad.

El autor hace destacar la disciplina y lealtad que fueron normas de su larga vida militar, cualidades que merecieron la confianza de los gobiernos que sucedieron al de Rosas hasta el año 1868, que se retira a un merecido descanso, a la edad de 73 años, en el cual lo sorprendió la muerte durante los trágicos días de la fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires en 1871.

Es ésta una labor de investigador en cierne.

Como apéndice nos ofrece la inserción de los documentos más importantes que existen sobre la actuación de esta figura ilustre en la Historia Argentina.

Sara Sabor Vila

La teoría ondulatoria de la luz. Huygens. Fresnel. Biblioteca teoría e historia de las ciencias. Editorial Losada. Buenos Aires, 1945. 1 vol. 301 p.

El ingeniero Cortés Pla, profesor de Física de la Facultad de ciencias matemáticas, físico-químicas y naturales aplicadas a la industria, ha traducido al castellano dos obras clásicas de la óptica: el "Tratado de la luz", de C. Huygens y "Naturaleza de la luz", de F. Fresnel. Preceden a cada uno de los libros breves referencias biográficas sobre los autores y sobre las ediciones de sus obras.

La lectura de los clásicos de la ciencia es de importancia para el conocimiento integral de la Física y es un complemento indispensable para la cultura científica de profesores, profesionales y estudiantes. Los textos de Física sólo traen resúmenes de las teorías y por ello los conceptos adquiridos son frecuentemente incompletos a veces confusos y siempre fragmentarios. Por ello los cultores de las ciencias exactas, físico-químicas y naturales, deben complementar sus conocimientos con la lectura de los clásicos para ampliar sus conceptos generales y el conocimiento intensivo de su especialidad. El progreso de las aplicaciones científicas a la tecnología ha adquirido tal importancia en algunas de sus ramas y es tan acelerada la incorporación de novedades, que resta poco tiempo al técnico para lecturas que no sean las de su inmediata aplicación. Por ello es común querer justificar el desconocimiento de otros aspectos de la cultura incluso los de los clásicos de su propia especialidad.

Contribuye también a este estado de cosas las dificultades para conseguir el material de lectura. Así por ejemplo en el caso de los libros traducidos por el ingeniero Pla, no es fácil de conseguir "Oeuvres complètes de Christian Huyghens" editada por la Academia de ciencias de Holanda de donde se ha traducido "Tratado de la luz", fiel reproducción del texto de 1690; (de este libro existe la edición francesa de 1920) o la compilación de los trabajos y correspondencia de F. Fresnel en 3 volúmenes (1866-1870), o la *Quimira* de Th. Thomson de 1822 en cuya traducción francesa apareció en el suplemento el libro "Naturaleza de la luz". Por ello consideramos que el trabajo del Ing. Pla contribuirá al conocimiento de esos clásicos cuya lectura es rica en sugerencias pues sorprende la genialidad de las intuiciones, maravillan los razonamientos y emociona la lealtad con que confiesan lo que aún ignoran (p. 35 in fine y p. 300-301) y el respeto al adversario científico I. Newton autor de la teoría emisionista de la luz (p. 34 y 159).

La traducción a nuestro idioma de los libros de Huygens y

Fresnel debe entonces ser recibida con beneplácito por su oportunidad y por su cuidadosa impresión, pues casi no existen errores. Complementa su labor el Ing. Pla con una introducción a la teoría ondulatoria de la luz y además con la incorporación de notas y comentarios intercalados en el texto y que son ilustrativas y oportunas.

El trabajo del Ing. Pla satisfará, sin duda alguna, a los estudiosos de la Física.

Francisco E. Urondo

Vida social de los animales, por W. C. ALLEE. Ed. Rosario, S. A., 1 vol. de 272 p. Rosario, 1945.

Las más variadas formas de asociación animal son estudiadas en esta obra, con el análisis correlativo de sus causas, seguras o probables y de sus consiguientes efectos.

Se destruye así la errónea creencia generalizada más allá de las clases populares, por insuficiencia de información, de que la vida social de los animales está reducida, exclusión hecha de los seres que viven en colonias, a ciertas especies de insectos y a unas pocas familias de animales superiores, pues a través de las numerosas experiencias relatadas surge con clara evidencia que en toda la serie animal existe una indiscutible tendencia gregaria, "un apetito social", debido a múltiples causas —sexo, ambiente, alimentación, relaciones familiares, etc.— desde los protozoos hasta los vertebrados, y que tal tendencia, satisfecha de los más diversos modos es en general beneficiosa para los individuos.

El trabajo, erudito, paciente, minucioso y sólidamente fundado en experiencias variadas e interesantes revela, tanto como la paciencia, la capacidad de estudio y la originalidad del autor, W. C. Allee, profesor de Zoología de la Universidad de Chicago, la importancia del trabajo colectivo y las ventajas de la información mutua entre los hombres de ciencia y de la publicación de sus trabajos, que permiten, en un momento dado, estudios exhaustivos como el que ofrece la Editorial Rosario en este volumen.

Contribuyen a valorizar la obra el estilo claro que rehuye tecnicismos innecesarios, aunque no se trata precisamente de una obra de vulgarización y la exantación que fluye, a través de sus páginas, del método científico, al cual debe la humanidad gran parte de su progreso actual, tanto en lo material como en lo espiritual, ya que

al margen de tantas y tan conocidas conquistas técnicas ha contribuido a independizarla de dogmas y prejuicios.

La copiosa bibliografía ha de ser indudablemente útil a quienes se interesen por el tema, cuya escasa difusión en nuestro idioma hace más meritoria la traducción.

Carlos A. Veronelli

Asistencia social al menor, por JOSÉ L. ARAYA. Prólogo de SEBASTIÁN SOLER. Editorial Rosario. 1 vol. 374 pp. Rosario, 1945.

El doctor José L. Araya tiene acreditada una notable versación en la materia, no sólo a través de su labor en la función pública como magistrado judicial, en cuyo ejercicio ha demostrado inquietudes y afanes no comunes, sino también por sus anteriores publicaciones sobre temas vinculados al problema social del menor.

Este libro comprende las variadas cuestiones de carácter teórico que se relacionan con la asistencia social del menor y las soluciones de orden práctico que suministra la legislación vigente. Trata así, en capítulos sucesivos, de la evolución social argentina en la consideración de los problemas del niño; de la personalidad del niño y de los factores exógenos que influyen en su formación y desarrollo; de la protección jurídica y social de la familia; de la protección de la vida y de la salud del menor y, en especial, del menor trabajador y del menor delincuente; y de la protección intelectual y moral del menor.

Obra de información y crítica, pasa revista a las opiniones de autores prestigiosos, analiza la legislación de países progresistas y recoge estadísticas nacionales y extranjeras, medio insustituible de información para estimar la importancia real de los problemas sociales. En tal sentido, el autor ha logrado su intento de redactar un manual excelente para los estudiantes de las modernas escuelas de servicio social y una guía utilísima para todas aquellas personas que deseen iniciarse en el estudio de estos problemas.

Como bien lo expresa Sebastián Soler en el prólogo —breve y jugoso— la asistencia social de los menores “es hoy una cuestión casi exclusivamente de orden práctico, en la que no hay graves problemas teóricos a resolver”. En efecto, mucho es lo que se ha teorizado en libros y conferencias sobre esta materia y existe al respecto

una copiosa legislación, aún en nuestro país. Pero con todo eso, todavía estamos a la espera de la hora de la acción y de las realizaciones.

Amador Alberto

Imagen primera de... 1940-1944, por RAFAEL ALBERTI. Buenos Aires, Editorial Losada, 1945. (Colección Contemporánea). 175 p.

Rafael Alberti — ocioso es repetirlo — representa uno de los exponentes literarios más valiosos y significativos de la actual generación española. Durante la guerra civil de su patria escribió diversas obras teatrales de los frentes y participó en la lucha como soldado de aviación. Pero mucho antes, con su primer libro, *Marinero en tierra*, que obtuvo el primer premio nacional de literatura en 1924, habíase revelado como poeta lírico de vigorosa y original inspiración. Ahora, con esta reciente obra, Alberti nos muestra una faz nueva de su talento literario, el de prosista dueño de un estilo espontáneo, ágil y personalísimo. A través de las páginas de este libro desfilar, entremezcladas con recuerdos personales del autor, las semblanzas de varias figuras del pensamiento español y extranjero, tales como Federico García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Salvador Rueda, Pablo Picasso, André Gide, Máximo Gorki, Manuel de Falla, Azorin, José Ortega y Gasset, Julio Herrera y Reissig.

D. B.

Aspectos del problema eléctrico, por PEDRO J. CRISTIÁ. Editorial Rosario, 1945. 353 p.

Esta obra contiene el informe que, a requerimiento de la gerencia de la ex Empresa Municipal Mixta de Transporte de Rosario, presentara oportunamente el ingeniero Pedro J. Cristiá y en el mismo se estudian las condiciones en que la referida empresa, hoy municipal, se provee de energía eléctrica para la tracción de sus

vehículos y servicios auxiliares. Es un trabajo serio, concienzudo y bien documentado con estadísticas, gráficos, cuadros, diagramas, etc., que facilitan la comprensión del problema que plantea este servicio público. El autor, que desde hace años viene consagrándose con tesoro afán a la investigación de los servicios de electricidad, demuestra, al par que un gran dominio técnico en estas cuestiones, un alabable sentimiento de bien público y de ética profesional puestos al servicio de la defensa del interés social.

Al final trae una reseña histórica muy ilustrativa acerca del nacimiento de la Sociedad de Electricidad de Rosario y su estrecha vinculación con los grandes "holdings" financieros del mundo, especialmente con el organismo internacional denominado S. O. F. I. N. A.

D. B.

Ruta cultural del Perú, por LUIS E. VALCÁRCEL. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme. México, 1945. 279 p.

Luis E. Valcárcel, arqueólogo e historiador que conoce como pocos la cultura peruana antigua, se halla fervorosamente empeñado con otros intelectuales compatriotas, desde hace casi treinta años, en la heroica cruzada de dignificación del indio americano. Las páginas vibrantes de este libro exhiben al autor como un hombre de los tiempos dramáticos que vivimos, pero dueño de la emoción y de la sensibilidad de la justicia social: está resueltamente con los oprimidos y en contra de los prejuicios coloniales de raza, de clase y de credo. Cree en la capacidad humana del aborigen andino, hasta hoy incomprensido o desdeñado, y profetiza como hecho inevitable una revolución pacífica que se producirá por la incorporación activa de indios y mestizos al proceso económico del Perú.

La serie de ensayos que integran este volumen se refieren a diversos aspectos del problema cultural peruano: economía, derecho, política, moral, educación, religión, arte, poesía, música y danza.

En los dos últimos capítulos se ofrece un ensayo histórico sobre la gran revolución india que encabezó en 1780 el caudillo incaico José Gabriel Tupac Amará y otro de interpretación sobre la presencia y continuidad del sentimiento patriótico en el Perú.

D. B.

Principios de Economía, por F. W. TAUSSIG. Versión castellana de Adolfo A. Pozzo y Alberto M. Close. Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1945. 2 v. de 547 y 588 p.

Esta obra fundamental y moderna de Economía Política del afamado profesor inglés F. W. Taussig que hoy publica por primera vez en castellano la Editorial Espasa - Calpe en su colección de *Grandes Obras Actuales*, trae una visión completa de la teoría de la ciencia económica y de sus aplicaciones más recientes en el orden internacional y nacional de los principales países del mundo.

El libro — si bien mantiene la estructura esencial de la primera edición, aparecida hace 35 años — ha sido objeto de una prolija revisión y ampliación en todos sus capítulos, especialmente en aquellos que tratan de Bancos, Moneda y Distribución de la Riqueza, para concordarlo con los nuevos fenómenos económicos y sociales ocurridos en el período que comenzó con la guerra de 1914 - 1918.

En 72 nutridos capítulos, muchos de los cuales llevan al final referencias documentales y bibliografía selecta, el autor trata, con criterio original y novedoso, los problemas más candentes de la política económica, tanto en sus concepciones doctrinarias como en sus resultados prácticos, a la luz de los ensayos experimentales hechos por las formas más audaces de la economía contemporánea.

La obra está sistemáticamente distribuida en ocho libros que versan sobre la organización de la producción, valor y cambio, bancos y monedas, comercio internacional, distribución de la riqueza, el trabajo, organización económica y los impuestos.

D. B.

El pensamiento filosófico y su historia, por NICOLAI HARTMANN.
Claudio García y Cía. Montevideo, 1944.

La versión castellana del estudio de Nicolai Hartmann que incluye el trabajo leído en la Academia Prusiana de Ciencias en 1936 "El Pensamiento filosófico y su historia" y dos estudios sobre "Gnoseología de Hartmann y el Método crítico" de Aníbal del Campo, viene a llenar un claro en la bibliografía filosófica de América. Arroja claridad sobre tres temas de apasionante actualidad: la filo-

sofía de la filosofía, la problemática del conocimiento y el uso del método crítico. El filósofo que se formara primero en el austero ambiente filosófico de la escuela de Marburgo, bajo el signo de Kant, maneja con condiciones personales no comunes, y gran agudeza el método analítico y la dialéctica trascendental del maestro de Königsberg, pero le ha añadido la pericia y transparencia del método fenomenológico del célebre pensador de Friburgo, Edmundo Husserl, acercándose a los grandes nuevos temas de Dilthey y Max Scheler, recogiendo profundas sugerencias y descubriendo vetas inéditas en el bloque de problemas filosóficos.

El trabajo traducido tiene una triple sugestiva significación: primero el de hacer conocer directamente parte del pensamiento en la traducción del estudio sobre "El pensamiento filosófico y su historia", donde el autor en las substanciosas 86 páginas, nos traza el vigoroso depurado cuadro de la Historia de la Filosofía que se ha tornado "un motivo de preocupación para el pensamiento de nuestros días". Mientras a principios del siglo que vivimos "parecía que el pasado y el desarrollo del pensamiento filosófico se hallara cabalmente trabajado y recogido en voluminosos compendios", hoy el historicismo destruyó su sueño. Sufren una profunda revisión "los puntos de vista" desde los cuales se valoraban, escogían, interpretaban y reconstruían las elaboraciones de los pensadores. La multiplicidad de sistemas quita toda posibilidad de orientarse en tan infinita variedad llevando a una prematura desilusión.

Hartmann, precisamente por ser el asceta de la filosofía contemporánea y un verdadero franciscano del conocimiento, nos dá una sana lección de recogimiento reflexivo y es una abierta incitación al ahondamiento interior, al cultivo hacia adentro, despreciación del ascenso temporal, el ropaje exterior y bullanguero, para consagrarse a iluminar algunas vetas del camino del conocimiento. He ahí el segundo profundo significado de la traducción reciente.

Y el tercero, radica precisamente en que su renunciamiento al constructivismo que proporciona aplausos y deslumbra, él prefriere el progreso que es para él eternamente "regresivo", pues como señalara Kantt en sus Prolegómenos, la incansable razón del hombre, se siente perennemente movida a la revisión de los cimientos de sus propias construcciones, y decide revisar los cimientos mismos, aún después de terminada la torre. Así Hartmann decide en su afán de ver depurado el punto de partida, aplicar su reflexión crítica, a la raíz misma de la historia de la filosofía, para revelarnos cómo al lado del trabajo constructivo de los grandes sistemas, se desarrolla otro trabajo oculto a veces, que señala un progreso en los problemas. Ese progreso en los problemas es veta que los historiadores

de la filosofía no han explotado con sentido y es sin duda una cantera sin trabajar. Mientras los sistemas reposan en la concepción del mundo de cada edad y atienden a las consecuencias del "sistema" otros piensan "problemas". Y mientras un "sistema" aporta una construcción temporalmente condicionada, lo obtenido por el pensamiento problemático es algo "eterno". No sufre el vaivén de los sistemas. El historiador de la Filosofía que no es filósofo expone tanto los errores, que la Historia de la Filosofía es un curioso "andar a tientas" y "elude el paso firme de la ciencia".

Descubre Hartmann que hay sin embargo una marcha progresiva del conocimiento y una suerte de hilo conductor, y, puesto "que ninguna ciencia puede renunciar al aprovechamiento de su propio proceso histórico", los mismos errores del pasado permitirán una vista madura para el conocimiento y el error, una suerte de experiencia "madre de toda ciencia". Se advierte así una suerte de continuidad o hilo conductor, un avance en el dominio problemático que es un constante ahondamiento y entañamiento hacia el corazón mismo de la verdad". El viejo germen de una intelección central crece y madura y experimenta una comprobación reiterada, siempre desde muchas vertientes; con el tiempo surge un núcleo considerable de conocimiento, sólido, conclusivo y firme". Al lado los sistemas contruídos, se oponen unos a otros, su sucesión es cada vez más dialéctica. Para Hartmann, el "tanteo" está del lado del sistema y la marcha segura en los problemas. Cada pensador puede no tener la verdad por entero, pero operado un retroceso hacia los supuestos, se descubre el núcleo verdadero en el cual coinciden pensadores dispares en sistemas distintos. Todo esto revela que el tema del estudio es digno de ser editado.

Con una conciencia problemática agudizada, Hartmann representa en la filosofía contemporánea, al lado del gigantismo de Max Scheler, el rol del zapador y rastreador de las zonas adyacentes que sustentan las raíces del conocimiento humano. Y mientras a Kant se le deslizó "lo dado" por esa suerte de concesión a la corriente empírica de Hume, él ve el problema que está escondido. Y al hundir su mirada penetrante, descubre el núcleo ontológico y metafísico que nutren las raíces del conocimiento. Y al señalar cómo sólo una cierta zona de lo dado, pequeña, es atrapable y pasa a ser conocida, otra sólo es cognoscible y objetivable, mientras otra más extensa quizá inconmensurable es inasecible para la razón y transinteligible. La miseria de nuestro saber y la perenne necesidad de vivir asomándonos con espíritu abierto a los interrogantes nunca colmados de una vez para siempre, mantiene viva la urgencia de mantener la tensión por los problemas, substancia de todo filosofar.

Así Hartmann con su actitud franciscana, pero vidente, nos despierta a la perenne problemática de la filosofía y exige una fundamentación en la descripción fenomenológica llevada hasta el máximo, para hacernos tocar las grandes tareas y problemas del conocimiento. Su principio "máximun de base fenomenológica" y "postura crítica", como la única posible, parece demandar un punto final a todo dogmatismo como antifilosófico y destructor.

Todo lo cual revela que los trabajos que la obra trae, implican una incitación de seguros efectos en el lector concentrado. De ahí su valor perenne.

Delia Ortiz Arigós de Montoya

Diálogos acerca de dos nuevas ciencias, por GALILEO GALILEI.

Prólogo y notas de Teófilo Isnardi. Traducción de José San Román Villasante. Editorial Losada. Buenos Aires, 1945.

Introducción a la filosofía matemática, por BERTRAND RUSSELL.

Notas de Florencio D. Jaime. Traducción de Juan B. Molinari. Editorial Losada. Buenos Aires, 1945.

La Biblioteca Teoría e Historia de las Ciencias, que dirige EMANUEL S. CABRERA acaba de incorporar a su colección dos nuevas obras. Ambas pueden considerarse, en cierto sentido, clásicas: la primera por la extraordinaria fama de su autor y por haber dado origen a la dinámica y a la resistencia de materiales, la segunda por constituir uno de los libros básicos de la actual epistemología y por ofrecer una solución al intrincado problema de los fundamentos de la matemática y de la vinculación de ésta con la lógica.

Respecto de la obra de GALILEO, remitimos el lector a la admirable síntesis aparecida en el *Sumario* de MIELI (en esta misma Revista, N° 13, pág. 114, Santa Fe, 1942) agregando pocas palabras referentes a esta edición argentina de la famosa obra. El profesor ISNARDI enriquece esta edición con un prólogo, una serie de notas, y con la transcripción, en notación algebraica, de varias demostraciones que GALILEO da geoméricamente, con lo que facilita la lectura del libro. El traductor, por su parte, en un breve prefacio nos da cuenta de su labor. Nos informa que la traducción de las cuatro

Jornadas de que se compone el libro (1° *En torno a la coherencia de las partes en los cuerpos sólidos*. 2° *En torno a la resistencia de los sólidos a la fractura*. 3° y 4° *En torno de los movimientos locales*) ha sido hecha sobre la edición nacional italiana de 1898 dirigida por ANTONIO FAVARO, agregándole adiciones y aclaraciones del propio GALILEO tomadas de algunos manuscritos de la obra. Conviene recordar que el original está escrito: en latín la parte no dialogada y en italiano el diálogo entre los interlocutores Salviati (que representaría al autor), Sagredo (personaje representativo de la cultura de la época) y Simplicio (representante del aristotelismo aún reinante); que, con toda intención, son los mismos personajes que intervienen en la otra obra famosa de GALILEO: *Dialogo... sopra i due massimi sistemi...* en la que contraponen los sistemas tolemaico y copernicano.

Si al cuidado de la traducción se agrega la reproducción de las figuras originales de la *editio princeps*, es indudable que esta edición argentina de los *Diálogos* de GALILEO une, al valor intrínseco de la obra, un valor bibliográfico no menos importante. Esta traducción es la primera versión castellana de la obra de GALILEO. Hace tiempo que se anuncia, editada por el Fondo de Cultura Económica de México, una traducción parcial de las jornadas primera y tercera, que aparecerá en los textos clásicos para la historia de la ciencia que dirige J. D. GARCÍA BACCA.

La segunda obra es de índole totalmente distinta. Como el título lo indica, esta obra de RUSSELL, aparecida en 1919 y luego traducida a varios idiomas, es una introducción, en términos asequibles a un público no versado en el engorroso tecnicismo y simbolismo de la lógica matemática, de la voluminosa obra: WHITEHEAD and RUSSELL, *Principia Mathematica* (Tres volúmenes, 1910, 1911 y 1913) y en la que se consideran los problemas que afectan a los fundamentos de la matemática y a sus conceptos básicos: número, límite, continuidad, etc.

En la concepción de RUSSELL la matemática y la lógica constituyen una única disciplina: "la lógica es la juventud de la matemática y la matemática la virilidad de la lógica". De ahí el nombre de logicismo que se ha dado a esta concepción, más grata a los filósofos que a los matemáticos profesionales y que los epistemólogos del llamado "Círculo de Viena" han incorporado a sus doctrinas, a raíz especialmente de los trabajos de WITTGENSTEIN, discípulo de RUSSELL. Claro que este logicismo que, frente a la matemática, es

una concepción más filosófica que técnica, exige la admisión de una serie de supuestos: algunos explícitos, otros tácitos. Una atmósfera de empirismo la envuelve: "Admitiendo que el número de cosas del universo no es finito se consigue... que toda la matemática pura, en lo que puede ser deducida de la teoría de los números naturales, es sólo una prolongación de la lógica". Por otra parte, esta reducción de la matemática a la lógica, además de presentarse como algo construido, artificial, entraña la aceptación de teorías y axiomas discutibles: axioma del infinito, teoría de los tipos, etc., y tampoco ayuda, a nuestro modo de ver, a resolver la importante y candente cuestión de la vinculación entre la matemática y la física. No creemos que la igualdad de estructura o isomorfismo que sugiere entre el mundo "real" y el mundo de las "apariencias", constituya una buena explicación del surgir de nuevas teorías, característico de la física actual.

También esta traducción de RUSSELL está enriquecida con numerosas notas, de carácter histórico, técnico o complementario, a cargo del profesor FLORENCIO D. JAIME.

José Babini

Breve Historia de la Ciencia, por F. SHERWOOD TAYLOR. Traducido del inglés por F. Jiménez de Asúa. 360 págs., 36 láms. en negro y 34 figs. en el texto. Colección "Panoramas". Editorial Losada. Buenos Aires, 1945.

Se trata de un interesante manual donde el autor —que ha escrito otras obras sobre temas afines— nos ofrece en menos de 400 páginas un panorama completo acerca del desenvolvimiento histórico de la ciencia, desde sus comienzos que arranca con la magia y la religión de las primeras prácticas de babilonios y egipcios hasta las grandes conquistas del siglo XX. Libro de vulgarización, no de consulta ni de erudición, cumple su cometido eficazmente dentro de la orientación impresa por el autor, que pone de relieve los beneficios que la civilización debe a la ciencia "creación eminentemente humana" y cómo ésta se ha ido constituyendo paulatinamente merced a etapas sucesivamente superadas gracias al esfuerzo de hombres geniales alrededor de los cuales se suscitan los problemas y se cita su dilucidación.

Los lectores que deseen informarse brevemente acerca de esta materia encontrarán en el libro que comentamos un cuadro veraz sobre la evolución progresiva del pensamiento humano, expuesto según una ordenación personal, con transcripciones, relatos de sucesos y empleo de grabados bien elegidos. Un criterio didáctico preside la subdivisión del libro según las distintas etapas que pueden señalarse en una exposición cronológica y sobre las cuales existe más o menos un consenso universal.

Así el capítulo I trata de los albores de la ciencia, en el que aprovecha el autor para delimitar el campo de las ciencias naturales como objeto propio de la materia a tratar, considerando a la matemática y a la lógica, no como ciencias en realidad, sino más bien como instrumento con los cuales se construye la ciencia; por esta razón esta materia aparece tratada solamente en las primeras épocas donde la ciencia se confunde y se limita casi al instrumento que ha de crearla. En el capítulo II se refiere a la ciencia de Grecia y en cada caso sabe condensar en pocas palabras síntesis definitivas como las siguientes: "Su sentido de la armonía (se refiere a la filosofía griega), del equilibrio y de la proporción, encontró su manifestación más delicada en la geometría que es la disciplina más completa, armónica y regular del pensamiento". En el capítulo III hace una breve síntesis de la ciencia oriental y árabe.

En el capítulo subsiguiente se ocupa de la ciencia medieval en el que expone el imperio de las doctrinas de la Iglesia frente a la independencia de pensamiento de los precursores. "La tentativa de conciliar la religión cristiana con la filosofía, aunque oficialmente se supuso conseguida (se refiere a la obra de Santo Tomás de Aquino) fracasó de hecho. Uno al lado de otro existían, en aquella época, un mundo de razón y otro de fe y quedaba abierto el camino para la elección". Y agrega: "La tendencia medieval era crear o compilar esquemas completos del universo basándose en aquellos libros cuya autoridad era indiscutida. La historia de la ciencia medieval, por tanto, se reduce al detenido estudio de la cultura clásica".

En el capítulo V titulado "La ciencia en el Renacimiento" período que el autor sitúa entre los años 1450 y 1600 muestra la interferencia de los acontecimientos políticos y religiosos de la época en el nacimiento de la ciencia moderna, complaciéndose en contraponer los conflictos entre el pensamiento científico y las doctrinas religiosas que se suscitaban especialmente alrededor de las teorías de Copérnico, al fundar su sistema heliocéntrico, porque, no se puede dejar de reconocer con el autor, que "ningún progreso científico ha influido más sobre el concepto que el hombre tiene del mundo, que el descubrimiento de que la Tierra no es el centro del universo".

En el capítulo VI, "El Nacimiento de la ciencia moderna" se alude a la consolidación del método científico sobre la base de las concepciones de Francis Bacon y Galileo. En un centenar de páginas, que abarca los acontecimientos de 1600 a 1850 examina y sitúa en el tiempo y en el espacio la obra de los fundadores de cada uno de los grupos fundamentales de materias que revisa — *la mecánica, la física, la química, la astronomía, la biología, la anatomía y fisiología humanas, la cirugía, la medicina y la tecnología* — con clara noción de los temas tratados a pesar de su diversidad y con las limitaciones, sin omisiones de bulto, con que naturalmente era necesario proceder para condensar en breves páginas, una de las épocas más interesante y difícil de relatar, por la complejidad y la trabazón de la obra realizada por los distintos investigadores en los respectivos campos de su especialidad. En líneas generales, puede asegurarse que el autor ha sabido salir airoso en la presentación reflexiva, mesurada y objetiva de los varios aspectos que comprende el campo científico en estos siglos decisivos, en que la ciencia moderna se inicia y se consolida.

El último capítulo, que comprende otro centenar de páginas, se refiere a "La edad de la ciencia" o sea la que corresponde a la pasada centuria y en él se pasa revista a los últimos problemas de las distintas ramas de la ciencia, que condujeron a la saludable crisis de conocimientos en que se revisan totalmente conceptos considerados como definitivos a fines del siglo pasado. Este capítulo, mejor dicho, esta época, ha servido de base para un libro muy interesante y lleno de sugestivas reflexiones del mismo autor, "The Century of Science". Aquí se alude a la gigantesca expansión del conocimiento científico y se destaca el apogeo de las aplicaciones de la ciencia a los distintos campos de la actividad humana, período en que la ciencia se coloca al servicio del hombre, aunque en la práctica se haya colocado "a los intereses del hombre" que no es lo mismo, precisamente, que "al servicio de la humanidad" meta tras cuyo logro marchan los hombres de buena voluntad. Abre el capítulo una breve exposición del conflicto entre la ciencia y la religión que se replantea nuevamente y al parecer definitivamente, a raíz de la reestructuración de la geología (Charles Lyell en "*Principles of Geology, Being an Attempt to Explain the Former Changes of the Earth's Surface by Reference to Causes Now in Action*", Londres, 1830-1833) mostró que los agentes geológicos que actuaron y modelaron la superficie terrestre son los mismos que actúan en la actualidad, obligando a admitir para la formación de la Tierra una duración enormemente mayor que la sospechada y sobre la que se basaban las teorías de la época) y la biología (Charles R. Darwin en "*The Origin of Species*

by Means of Natural Selection of the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life", Londres, 1859 expone por primera vez, en un nutrido cuerpo de doctrina, la teoría de la evolución de los seres vivos mediante la selección natural). Las controversias agrias a que da origen, las resuelve Huxley con el agnosticismo, separando y delimitando claramente el campo de los conocimientos científicos, esto es, lo que puede explorar y conocer la razón humana y lo que está más allá de estas posibilidades y trasciende de su alcance; no hay pues, posibilidad de conflicto entre la ciencia y las creencias que le son completamente ajenas. "El servicio que esta controversia ha prestado a la ciencia, es muy grande, pero quizás — concluye el autor — sea mayor el que ha prestado a la religión. El hombre religioso de nuestros días ya no está conturbado por un fárrago de fábulas ni se ve en la necesidad de admitir literalmente lo que diga determinado libro. Los alcances y limitaciones de la ciencia se aprecian cada vez con mayor claridad. Se considera que el único método científico es trabajar con hechos y nos damos perfecta cuenta que los resultados logrados por el razonamiento científico son productos de la inteligencia humana. El mundo de la ciencia es un concepto inteligible del universo que se mantiene por su propia solidez, pero es inteligible, gracias a que excluimos de la ciencia todos los datos que no pueden ser expresados por los términos de masa, longitud y tiempo".

En resumen, un libro de fácil y agradable lectura, bien concebido y bien escrito, que muestra con claridad los rasgos más salientes de la evolución histórica del pensamiento humano, basado en la enumeración de hechos más que en disquisiciones dogmáticas o personales.

Por estas razones, no vacilaría en recomendar su lectura a los alumnos que egresan de nuestra enseñanza secundaria, fomentando la buena costumbre de *leer* y *digerir* buenos libros — libros formativos por las sugerencias capaces de despertar — durante el período de vacaciones. Les mostraré, cómo el hombre deseoso de batir alas, prisionero dentro de la cárcel de su limitada capacidad de conocer y mordido por una ácida inquietud que roe su cerebro, ha ido, a lo largo de los siglos, contruyendo este edificio extraordinario de la ciencia, canto al esfuerzo perseverante del hombre que quiere ascender, que piensa y actúa, que no se acobarda — quien dice conocimiento añade dolor y fatigas — ni se detiene ante las dificultades — al contrario, pareciera que las buscara para vencerlas — y que hace honor a su bautismo linneano de *Homo sapiens*, de "hombre inteligente" en el sentido que sabe aprovechar de su experiencia y se afina en los trabajos de sus predecesores, para lograr nuevas y re-

novadas conquistas. De acuerdo con las palabras finales del autor, estamos convencidos de que nuestro planeta será un mundo adecuado para el hombre, cuando podamos tener la salud, la seguridad, las comodidades y el bienestar que nos brinda la ciencia y la intensa vida y la inspiración de la antigua Grecia o del Renacimiento.

Termina el libro, cuya buena presentación tipográfica capta la simpatía del lector, un índice analítico de temas y nombres, sumamente útil en obras de esta naturaleza.

Alberto E. J. Fesquet

Cómo viven las plantas, por ADA SILVIA COLLA. Colección "Ciencia y Vida". 190 págs.; 40 láminas en negro y color; varias figuras en el texto. Editorial Losada S. A. Buenos Aires, 1945.

Aborda este libro un tema interesante y cumple un noble propósito: vulgarizar un tema poco frecuente en nuestro medio cual es la fisiología de las plantas; estamos en efecto, más acostumbrados a los libros de sistemática o descriptivos.

La autora ha sabido sacar brillo de la oportunidad que se le presentaba en cada capítulo para conquistar la atención del lector mediante una introducción atrayente y una exposición bastante completa de los problemas que se tratan, ejemplificados en lo posible con datos de nuestro país. Los estudiantes aventajados de nuestra enseñanza secundaria y superior sacarán provecho indiscutible de su lectura, por dos motivos fundamentales: por el acopio de información que al pasar encontrarán en él y sobre todo, lo que valoriza el espíritu de este libro, por poner en evidencia la importancia que tiene el método experimental para dilucidar los problemas que plantean los seres de la naturaleza al investigador; en rigor de verdad, no existe otro método que el que la autora se complace en señalar y poner de manifiesto, eligiendo con gran habilidad didáctica, sus ejemplos.

Muy humana y muy puesta en razón su exaltación inicial de la figura de los sabios que fueron sus maestros y la semejanza de algunos de ellos, verdaderos valores universales. "La ciencia era para él, como el arte para el artista, que aunque dibuje rezongando para vivir, mantiene sus fuerzas para el cuadro que es su sueño" dice hablando de Chodat, en una frase que sería interesante escribir al

iniciar los cursos en el encierro de las aulas de ciencia, para que quedara flotando permanentemente en el recuerdo de nuestros alumnos que sienten vocación por las carreras científicas. Muy puesta en razón la exaltación de la obra cumplida en los laboratorios, aun en aquellos como el que le tocó en suerte a la autora en nuestro país “donde uno tiene que arreglarse — según sus palabras textuales — como puede para trabajar, donde se vive, como dice uno de mis ayudantes, como el clavel del aire y sin agua y sin gas, por meses y meses, y, se continúa trabajando y esperando en el futuro”. En estas palabras, nuestra juventud estudiosa, siempre y ahora más que nunca reserva moral de la patria, tiene por delante un programa de acción, porque las aplicaciones rigurosas del método científico, que sólo se adquiere en el ambiente de trabajo sincero del laboratorio en compañía de los grandes maestros, son las que en definitiva, abrirán nuevos rumbos a la humanidad y ahondará sus cauces. El método científico — lo demuestra la historia del pensamiento — es el único capaz de barrer la intolerancia y el fanatismo, el error y la superstición y consolidar por el mutuo respeto de las opiniones sinceramente vertidas, la dignificación del hombre, las conquistas de la libertad y de la democracia. Por esto será necesario insistir en la ampliación de los estudios científicos en nuestra enseñanza secundaria — no como fuente de conocimientos sino del espíritu del método que inspira a la ciencia — frente a una campaña sistemática de sectarios que saben que su obra de proselitismo sólo puede ser ayudada eficazmente, por la ignorancia y la abolición de la libre discusión. Obra de sano progreso social será la difusión de obras en que se señale la médula de este espíritu vigoroso, independiente y valeroso de que hace gala el hombre de ciencia en su lucha por descorrer el velo que cubre el misterio de las cosas.

Cobra pues un gran valor este libro que, sin proponerse específicamente este propósito, lo cumple noblemente y da a la enseñanza de la Botánica un aspecto atrayente y movido, aspecto que quisieramos ver acentuado en los programas oficiales de esta asignatura. Los diversos capítulos tratan sendos problemas de fisiología vegetal que tienen su solución en el análisis minucioso de los hechos y en las investigaciones que se realizan en los laboratorios y nos muestran una vez más, a la planta, como un ser vivo análogo al animal, con sus reacciones, su extraordinaria sensibilidad a los diversos factores circundantes y sus adaptaciones al medio. El estudiante valorará de inmediato la visión rica en hechos frente a la monótona descripción de formas y clasificaciones con que se habrá indigestado tal vez en sus cursos; la lectura de este libro será un valioso correctivo a la imagen que de la vida de las plantas, así entendida,

habrá podido quedarle. Demás esta decir, que el mismo o mayor interés, encontrará el estudioso no especializado en estos temas, para quien será valiosa la información ofrecida en páginas nutridas y saboreará las reflexiones filosóficas que las salpican y las consecuencias prácticas que de investigaciones aparentemente intrascendentes, se deducen. Sirvan de ejemplo los capítulos titulados: ¿Tiene interés práctico todo esto? El humus y su formación. ¿Por qué muere el árbol si en teoría es inmortal?

La ilustración complementa la descripción del texto y el libro responde plenamente al propósito inicial de la autora. Lástima que algunas durezas en la expresión gramatical pueden hacer un poco confuso el sentido de la oración en algunos párrafos y se vea deslucido por el empleo de algunas grafías incorrectas entre nosotros, v. g.: hyfas por *hifas*, apotecha por *apotecios*, hypogeo por *hipogeo*, etc. Anoto al pasar un error que se ha deslizado inadvertidamente: (pág. 86) las sales de cobalto en solución acuosa son de color rosa y, azules, cuando deshidratadas, al revés de lo que se lee en el texto.

Alberto E. J. Fesquet

